32
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y TERROR



ediciones UVE



Dirección y Selección:
José Antonio Valverde



© Edita: EDICIONES UVE, S. A.
Avda. Alfonso XIII, 118.
Teléfs. 413 54 94 y 413 55 43.
MADRID-16.

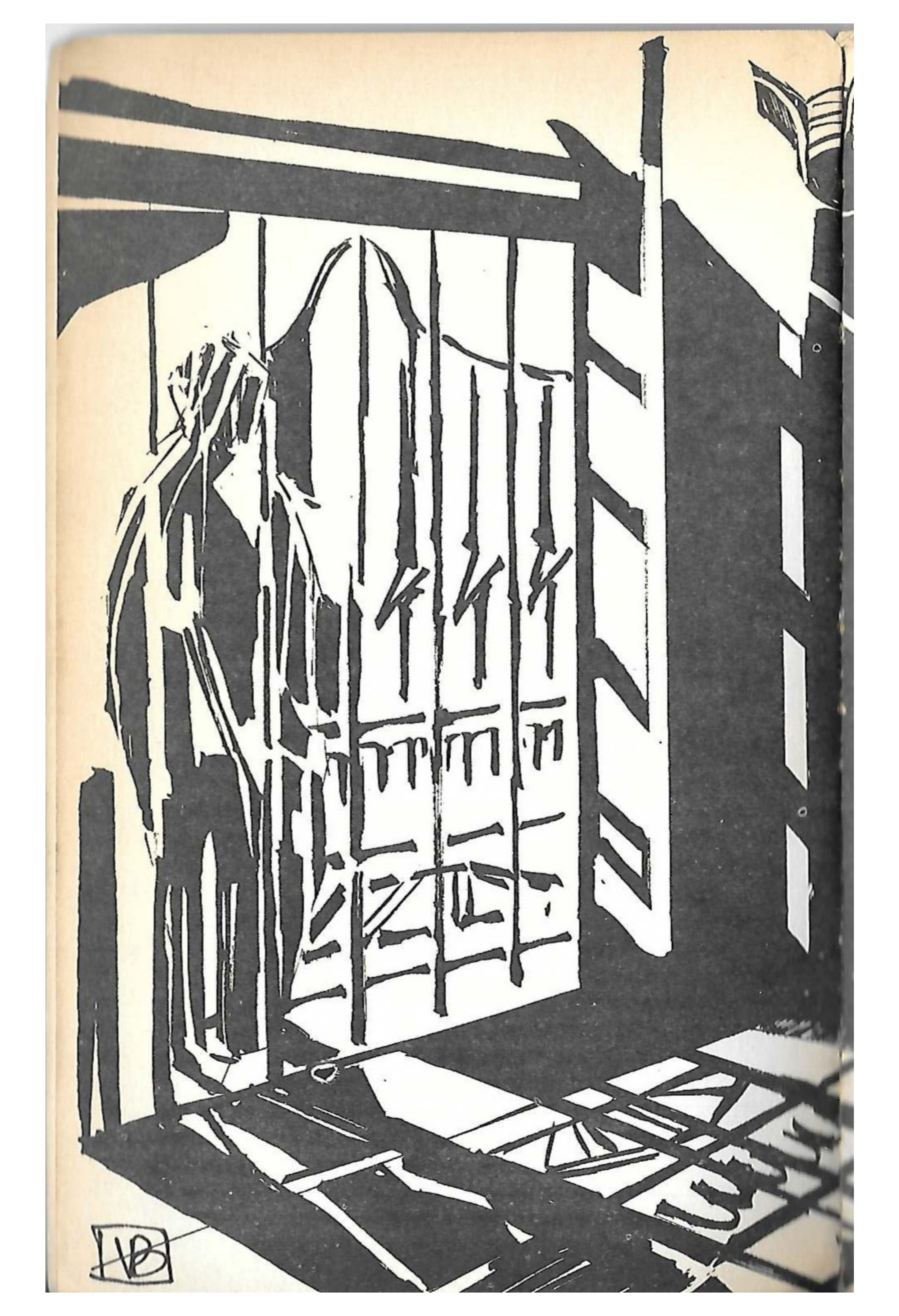
Director Editorial:
José Antonio Valverde.
Jefe de Redacción:
Luciano Valverde.
Ilustraciones y Portada:
Victoriano Briasco.
Diseño Gráfico:
Luis M. de Miguel y Paco Bravo.
Dpto. de Producción:
Santos Robles.
Asesores Especiales:
Pedro Montero y José León Cano.

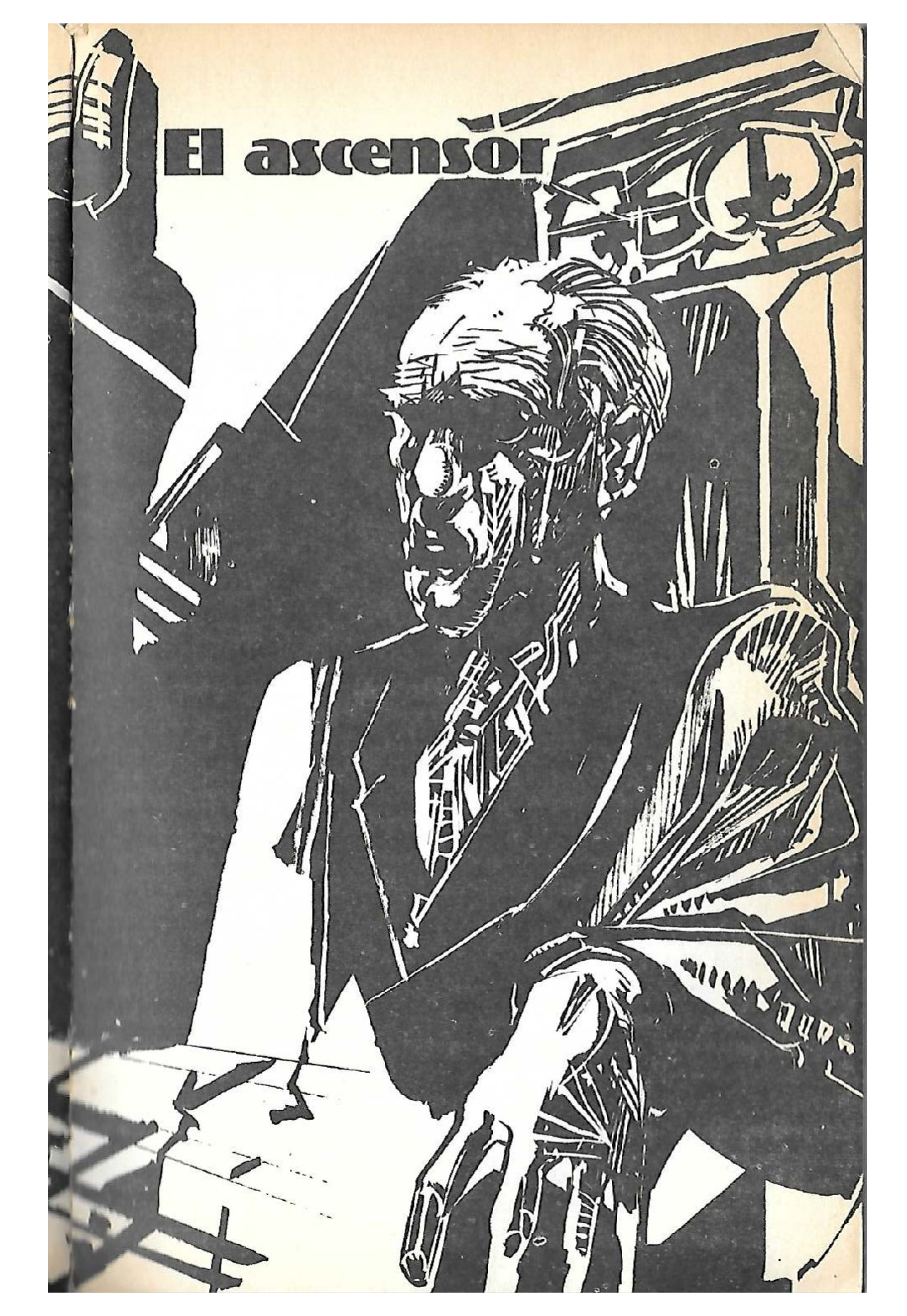
Imprime: HEROES, S. A.
Torrelara, 8.—Madrid-16.

Depósito legal: M. 4.650-1982.
ISBN: 84-7526-030-6.
Distribuye: UVE Distribuciones.

Impreso en España - Printed in Spain.

SUMARIO




El ascensor

El ascensor

Pedro Montero

Si como pensaba aquella era una situación ridícula, ¿qué le impedía oprimir el pulsador del ascensor y comprobar si funcionaba o no...?

oyó la maciza puerta al cerrarse y el nuevo inquilino volvió a hallarse solo en medio de las escaleras.

¿Cuántos días más habría de esperar? ¿Habría notificado ya alguien al administrador de la finca que el ascensor no prestaba sus servicios desde hacía quién sabe cuánto tiempo? ¿Sería inoportuna una segunda llamada o, por el contrario, aceleraría la reparación del elevador?

El odioso cartel de «no funciona» parecía formar parte de la verja de protección en lugar de ser un aviso circunstancial. De hecho, examinándolo más de cerca, advirtió que no estaba colgado, como suele ocurrir, mediante un pequeño cordel. Aquel borroso letrero estaba firmemente sujeto al enrejado por medio de un cuidadoso pespunte que bordeaba los límites de lo artístico. Alguien se había entretenido en fijar el cartel mediante hilo y aguja, y no lo había hecho a la ligera. La autora de semejante labor —una mujer con toda seguridad— había puesto en el empeño todo el cariño que las ancianas dedican a la más insignificante y rutinaria tarea de costura. Era una labor para la eternidad.

Se sintió fuertemente irritado ante la contumacia y la resignación que parecían haber presidido aquel trabajo, y se preguntó si acaso —cosa que nadie le había advertido al alquilar el piso— el ascensor estaba definitivamente estropeado desde hacía años. No resultaba propio de aquella comunidad tan sombría y huraña la colocación de otro cartel sobre el primero con la leyenda «Sí funciona», cuando tal acontecimiento tuviera lugar.

Detenido entre el segundo y el tercer piso, el vetusto elevador, urna o catafalco de madera y cristal, parecía una jaula colgada por ennegrecidos cables a la espera de alguien que pudiera habitarla. Mientras tal cosa ocurría, una mortecina bombilla iluminaba su interior día y noche sin que a nadie pareciera preocuparle aquel mínimo, aunque continuado, derroche de energía eléctrica.

Cada vez que subía o bajaba las escaleras, contem-

plaba el inmóvil cubículo y experimentaba una sensación de desazón al no poder utilizarlo. La altura de su piso —un segundo— le hacía suponer que, de haber funcionado normalmente, rara vez, sólo en caso de tener que subir maletas o bultos, lo hubiera tomado. Pero, bastaba la imposibilidad de hacerlo, para acrecentar el deseo de ascender más cómodamente. Se trataba de un servicio que le era debido y lo deseaba a su disposición al igual, por ejemplo, que la antena colectiva de televisión, aunque para la recepción de las emisiones bastara con una reducida antena interior.

Cierta noche en que se hallaba en la cama desvelado, cayó en la cuenta de que, desde hacía rato, estaba oyéndose un ruido continuado. Hasta el dormitorio llegaba el rumor de una lejana maquinaria y el girar de ruedas sobre sus ejes. Prestó más atención y comprendió que se trataba del ascensor. Finalmente, había entrado en funcionamiento.

Satisfecho por la reparación, trató de conciliar el sueño. Le tranquilizaba la idea de poder disponer del elevador, aunque sabía perfectamente que continuaría subiendo a pie.

Durante largo rato, continuó arrullado por aquel lejano rumor. Al cabo de media hora empezó a perder la paciencia. El funcionamiento del ascensor era ahora incesante. ¿Acaso sus ancianos convecinos querían resarcirse del tiempo en que no habían podido utilizarlo? Sonrió para sus adentros imaginándose a los viejos viajando arriba y abajo vestidos con sus camisones de dormir. Pero aquello no parecía lógico a las tres de la mañana.

Según lo que podía deducir, el ascensor subía y bajaba efectuando breves paradas en algunos pisos; tan breves, que en modo alguno podían ser suficientes para que una persona entrara o saliera del elevador. La única explicación posible era la de que, precisamente entonces, lo estuvieran reparando.

Sobre las cuatro de la madrugada, irritado por el incesante ruido y nervioso al comprender que, en el

mejor de los casos, no le quedaban más que tres horas de sueño, se decidió a salir al descansillo. No bien puso el pie en el suelo cuando el rumor del ascensor cesó bruscamente.

Permaneció unos minutos inmóvil y con el oído atento. El más absoluto silencio se adueñó del inmueble. Tan sólo el goteo de un grifo en la cocina venía a romper de vez en cuando la quietud que descendió sobre la casa. Poco después se acostó y, casi inmediatamente, se quedó dormido.

Al día siguiente había olvidado por completo el incidente del ascensor, y solamente cuando se disponía a abandonar el piso recordó de súbito las molestias que le habían impedido descansar en el transcurso de la noche. Dio media vuelta, tras hacer lo propio con la llave en la cerradura, y contempló el ascensor. Aparecía inmóvil y colgado en el mismo sitio en que lo había visto desde que viniera a vivir en la casa. La débil lucecilla amarilleaba en el interior del habitáculo y nada daba indicios de que, durante el transcurso de la noche, hubiera estado desplazándose sin cesar de arriba a abajo.

En la planta baja, el artístico cartel continuaba en su sitio. A punto estaba ya de oprimir el botón de llamada, cuando una anciana entró renqueante en el portal. Sin saber por qué, se detuvo con el dedo rozando ya el pulsador.

«No funciona», musitó la mujer.

El nuevo inquilino explicó que, durante el transcurso de la noche, lo había oído moverse incesantemente. La anciana, comenzando a subir con lentitud las escaleras y, sin volver la cabeza, repitió: «No funciona».

Algunas noches después, cuando regresaba de cenar en casa de unos amigos, creyó oír el rumor del ascensor. Al penetrar en el portal, permaneció inmóvil a la escucha. ¿Se habían movido los gruesos cables pendientes en el hueco del elevador o se trataba de una ilusión óptica? Sigilosamente, como quien pretende sorprender a un ladrón, se fue acercando hasta

las escaleras y miró hacia arriba. La cabina colgaba entre dos pisos con el aspecto de haber permanecido allí desde toda la eternidad.

De súbito, experimentó un sobresalto. Alguien se encontraba en el interior del ascensor. Una forma vaga, una figura borrosa, alguien...

En aquel momento se apagó la luz del vestíbulo. A tientas, se aproximó a la pared y pulsó el interruptor. Cuando volvió a mirar hacia arriba tan sólo pudo ver una especie de humo, una niebla que se movía con lentitud dentro del ascensor y tropezaba contra los cristales biselados.

Se detuvo una décima de segundo antes de pulsar el botón de bajada. Tuvo miedo de que aquello descendiera hacia él, suponiendo que sirviera de algo oprimir el mando.

Subió sigilosamente un tramo de escaleras procurando no perder de vista el ascensor, pero resultaba imposible contemplarlo de continuo. Cuando llegó hasta la altura de su piso, se detuvo en el rellano y miró hacia arriba. En la acristalada jaula no había nadie. La débil bombilla continuaba iluminando el reducido cubículo como siempre lo había hecho.

¿Por qué no oprimir el pulsador de llamada? Todo lo más que podría suceder era que el ascensor continuara inmóvil donde se hallaba. ¿Y si el ruido despertaba a algún vecino? Ignoraba las razones, pero intuía que nadie en la casa deseaba utilizar el ascensor. Deliberadamente convenían en que estaba estropeado y no se preocupaban de más. ¿No era aquella una situación ridícula? ¿Qué le impedía oprimir el pulsador y comprobar si el elevador funcionaba o no?

Considerando que sería preferible hacerlo de día, cuando otros ruidos disimularan el de la maquinaria, ascendió otro tramo de escaleras hasta situarse a la altura del ingenio y pudo cerciorarse de que el interior estaba absolutamente vacío. Una espesa capa de polvo cubría el suelo y el banquillo. La luz procedente de la bombilla quedaba disminuida asimismo

por la suciedad que el tiempo había depositado sobre ella.

Movió la cabeza negativamente y empezó a descender hacia su piso. Una especie de suspiro, un cierto quejido lastimero emitido muy cerca de donde él se encontraba, le hizo detenerse con el corazón encogido. «¿Quién está ahí?, preguntó en voz baja. La luz del ascensor parecía ahora más apagada y amarillenta. Los dos gruesos cables se habían movido un momento transmitiendo la vibración hasta el fondo del pozo. «¿Quién es?», repitió con precaución y deseando que nadie respondiera a su pregunta.

El más completo silencio reinaba en las escaleras. Un segundo antes de que se extinguiera la luz pulsó de nuevo el interruptor. Por un instante le pareció que alguien le espiaba a través de la mirilla de una de las puertas, pero no le resultaba posible asegurarlo. Las maderas de los escalones crujieron bajo sus pies y una gruesa mariposa nocturna revoloteó a su alrededor sobresaltándole.

Permaneció unos minutos a la escucha hasta que sus sentidos, fatigados por el opresivo silencio comenzaron a proporcionarle informaciones falsas. Escuchó zumbidos y vio lucecillas en los rincones oscuros. Por último, tras echar una última ojeada al ascensor, entró en su piso. Durante su intranquilo sueño le pareció que el elevador funcionaba continuamente efectuando paradas tan breves que ninguna persona hubiera podido entrar ni salir de él.

Los días siguientes, cada vez que abandonaba la casa miraba automáticamente hacia la jaula detenida entre dos pisos para comprobar que no se había movido ni un milímetro. Los ancianos, únicas gentes que habitaban aquel antiguo inmueble, continuaban subiendo y bajando por la escalera sin preocuparse para nada del ascensor; parecían resignados a aquella situación que tenía todos los visos de ser definitiva.

Cierta mañana, tropezó en uno de los rellanos con una señora que subía arrastrando penosamente un carromato de los utilizados para ir al mercado. De ma-

nera automática se apresuró a prestarle ayuda, pero la anciana la rechazó con un gruñido hosco. «Lo siento», comentó él, «sólo pretendía ayudarla». «Déjeme», replicó la mujer con voz cascada, «puedo hacerlo yo sola». El inquilino vaciló un momento, y, cuando vio que la anciana se detenía un momento para descansar, dijo: «¿Por qué no utiliza el ascensor? Resultaría más cómodo.» «No funciona», replicó ella de inmediato. «¿Está segura»? Hizo ademán de pulsar el botón de bajada.

«¡Deje eso!», gruñó ella volviéndose airada. «¿Está segura?», repitió el hombre con un encono y una testarudez que a él mismo le resultaron extraños. «¡Qué lo deje, le digo! ¡Insolente! ¿No ha visto el cartel?», replicó casi fuera de sí.

Descendió el resto de las escaleras profundamente irritado, y al llegar al portal, se dirigió directamente hacia el cartel de «No funciona» y lo arrancó bruscamente, reduciéndolo luego a pedazos. Acto seguido acarició con su dedo índice, que temblaba ligeramente, el dorado botón de llamada. Miró hacia arriba y contempló la urna de madera y cristal pendiente entre dos pisos. «No vale la pena», comentó para sí. Pero, en el fondo, sabía que únicamente un cierto temor supersticioso era lo que le había impedido llamar al ascensor.

En aquella casa resultaba muy difícil entablar relación con los restantes inquilinos. Era dudoso que existiera una asociación para la gestión de los asuntos de los vecinos y no parecía probable que ninguno estuviera interesado en su creación. Seguramente, todos los pisos pertenecían a alguna entidad financiera y estaban administrados por una única persona. Pero, ¿cómo se las arreglarían para solucionar los problemas que necesariamente surgen en toda comunidad? ¿Existiría algún enlace entre la administración y los vecinos? ¿Relegarían las reparaciones o quejas —por ejemplo, la avería del ascensor— hasta la visita periódica de algún enviado del administrador? Con toda probabilidad resultaría inútil tratar de interesar a los

ancianos habitantes de la casa en la creación de una junta de vecinos, aunque era posible que, si lo proponía, el resto de los inquilinos delegara en él —sólo fuera por comodidad— la función de embajador ante los representantes de la propiedad.

Decidido a obrar por cuenta propia, visitó una tarde las oficinas de la administración y planteó de inmediato el problema del ascensor. ¿«Qué problema?», preguntó el administrador parapetado tras su mesa. «El ascensor está colgado desde que yo entré en la casa. La mayoría de los vecinos son gente anciana y resulta fatigoso verles subir y bajar tantas escaleras». «Manías —replicó el encargado—. Suben y bajan andando porque quieren. El ascensor siempre ha estado en perfectas condiciones». El inquilino permaneció silencioso unos instantes, aunque ya había previsto la posibilidad de una respuesta en aquel sentido.

«¿Ha comprobado usted si funciona?», preguntó el administrador. «He visto el cartel de *no funciona* constantemente colgado». «Manías de viejos», añadió el encargado dando por concluida la entrevista.

Un nuevo cartel, igualmente artístico, aparecía firmemente sujeto a la cancela del ascensor. Nadie parecía interesarse por solucionar los problemas en aquella casa, pero alguien. con el consentimiento tácito del resto de la vecindad, ostentaba la misión de hacer más agradable la eterna continuidad de la avería.

Se aproximó a los pulsadores y los acarició suavemente y con cierto regodeo. Pasó los dedos, procurando no oprimir en absoluto, y tocó con sus yemas el extremo de los botones. Exhaló su aliento sobre la placa dorada y la limpió con el pañuelo hasta que se vio reflejado en ella. Su rostro apareció tan deformado que apartó la vista casi de inmediato, pese a lo cual, continuó jugueteando con los pulsadores. Estaba convencido de que tras las puertas del piso bajo, varios pares de ojos le observaban vesánicos y varias manos aferraban los tiradores. «No funciona», era un lema que campeaba a la entrada del inmueble y él era

el intruso que había llegado para retar a los antiguos vecinos e intranquilizar sus apacibles vidas acostumbradas a la rutina del «no funciona».

Tras unos minutos de jugar a aquel juego, miró desafiante hacia las puertas de las viviendas y subió por la escalera hasta el rellano de la suya. El ascensor, colgado entre dos pisos, parecía ahora más accesible y más cercano. Bastaría —estaba seguro— pulsar el botón correspondiente para que el vetusto ingenio descendiera obediente hasta sus pies. Y aquel convencimiento le resultó suficiente dejando para otra ocasión la comprobación del hecho.

En las noches siguientes se sintió inquieto y desasosegado. Su sueño fue intranquilo, y se despertaba con todo el cuerpo dolorido como si, en realidad, no hubiera gozado de un verdadero descanso. Al abrir los ojos, todavía le zumbaban los oídos y le repercutía en sus tímpanos el ronroneo del funcionamiento del ascensor. ¿Quién se dedicaba a pasearse arriba y abajo durante la noche? ¿Por qué el cartel de «no funciona»? ¿Es que el resto de los vecinos no oía el funcionamiento del ascensor por las noches? Llegó a pensar, incluso, que todo aquello se trataba de una conspiración contra él, intruso en aquella comunidad de gente de edad avanzada que no deseaba ver alteradas sus costumbres.

Y el maldito ascensor seguía allí colgado, vacío, inútil —consideraba con más frecuencia cada vez—. Algunas noches, antes de acostarse, salía al descansillo y lo contemplaba fascinado. Las sombras de la balaustrada y el reflejo de la lámpara del rellano producían la ilusión de que había alguien en su interior, un cuerpo vaporoso y movedizo, una nube pegada a los cristales.

Poquito a poco, dejando entornada su puerta, iba subiendo hasta la altura del ascensor y la ilusión se desvanecía. La débil bombilla interior derramaba su escasa luz sobre unas superficies cubiertas de polvo. Y experimentaba, cada vez con más ansia, el deseo de

introducirse en la frágil cabina y descender lentamente hasta el bajo.

Una tarde se presentó en casa un empleado de la compañía eléctrica. Una vez que hubo revisado el contador, el inquilino, con fingida naturalidad, le preguntó: «¿Ha subido usted en el ascensor?». «Bajo piso por piso, mirando los contadores», repuso el empleado. «Pero, ¿ha subido a pie hasta el último?». «Que remedio —explicó el hombre—. No funciona». «¿Está seguro?», insistió el inquilino. «Está colgado el cartel de no funciona». «Eso no importa —continuó nuestro hombre—. Yo creo que sí funciona; lo que pasa es que la gente de esta casa es muy especial». «Ya veo», replicó el empleado de la eléctrica despidiéndose.

«Maldito imbécil», dijo para sí el inquilino «a él que más le da, como no vive aquí». Y se sentó en un sillón a la espera de que llegara la noche.

Poco después de la una comenzó a escucharse un ronroneo continuo. De vez en cuando, el rumor se interrumpía durante dos o tres segundos para recomenzar nuevamente.

Levantándose del sillón, fue acercándose sigilosamente a la puerta y la abrió una rendija. Segundos después, la caja del ascensor descendía lentamente ante sus ojos, al menos eso supuso, porque la oscuridad era absoluta. No había luz en las escaleras ni tampoco lucía la bombilla situada en el techo del elevador.

Esperó a que aquella masa oscura ascendiera de nuevo y, cuando lo hubo hecho, salió a tientas al descansillo y oprimió convulsamente el pulsador de la luz: el ascensor estaba detenido donde siempre, pero, un segundo después de que se hiciera la luz en la escalera y dentro mismo del propio elevador, algo, una forma difusa, una nube, se estremeció y desapareció al momento.

«¡Se ha movido! ¡Sí funciona!», exclamó satisfecho para sí. «Lo he visto pasar por este rellano», añadió. Pero pronto comenzó a pensar si la sombra que había

cruzado delante de él no sería un producto de su imaginación ocasionado por el sueño que le había rendido en la butaca.

¿Y aquella forma fantasmagórica que se había agitado entre los cristales biselados? ¿Alguien en el ascensor?... Pasa tanta gente por los ascensores... Suspende tan frecuentemente el ánimo durante unos segundos el brusco arrancar de un elevador... Por fuerza ha de quedar algo en un ámbito tan estrecho en el que conviven fugazmente tantas gentes... Algunas voces... suspiros... un roce fugaz... un silencio embarazoso... ¿Era eso lo que permanecía entre las acristaladas paredes del ascensor? ¿Qué cosa puede originarse, qué residuo puede ser el resultado de la transitoria presencia de almas tan dispares en un lugar tan exiguo?...

Un suspiro ahogado, un murmullo sofocado, descendió desde la altura. «¿Hay alguien ahí?», preguntó en voz muy baja y silbante. «¿Hay alguien en el ascensor?», insistió. E, irguiéndose en toda su estatura, miró hacia arriba y sonrió obcecado. Se adelantó unos pasos y contempló detenidamente la fila de botones hasta que localizó el que debería conducir el ascensor hasta su piso. Extendió el dedo índice hacia el correspondiente pulsador, pero antes de que tuviera tiempo de oprimirlo, se hizo la oscuridad en la escalera. Simultáneamente, sin que su dedo hubiera llegado a pulsar el botón, se escuchó un chasquido y el ascensor comenzó a descender lentamente y a oscuras.

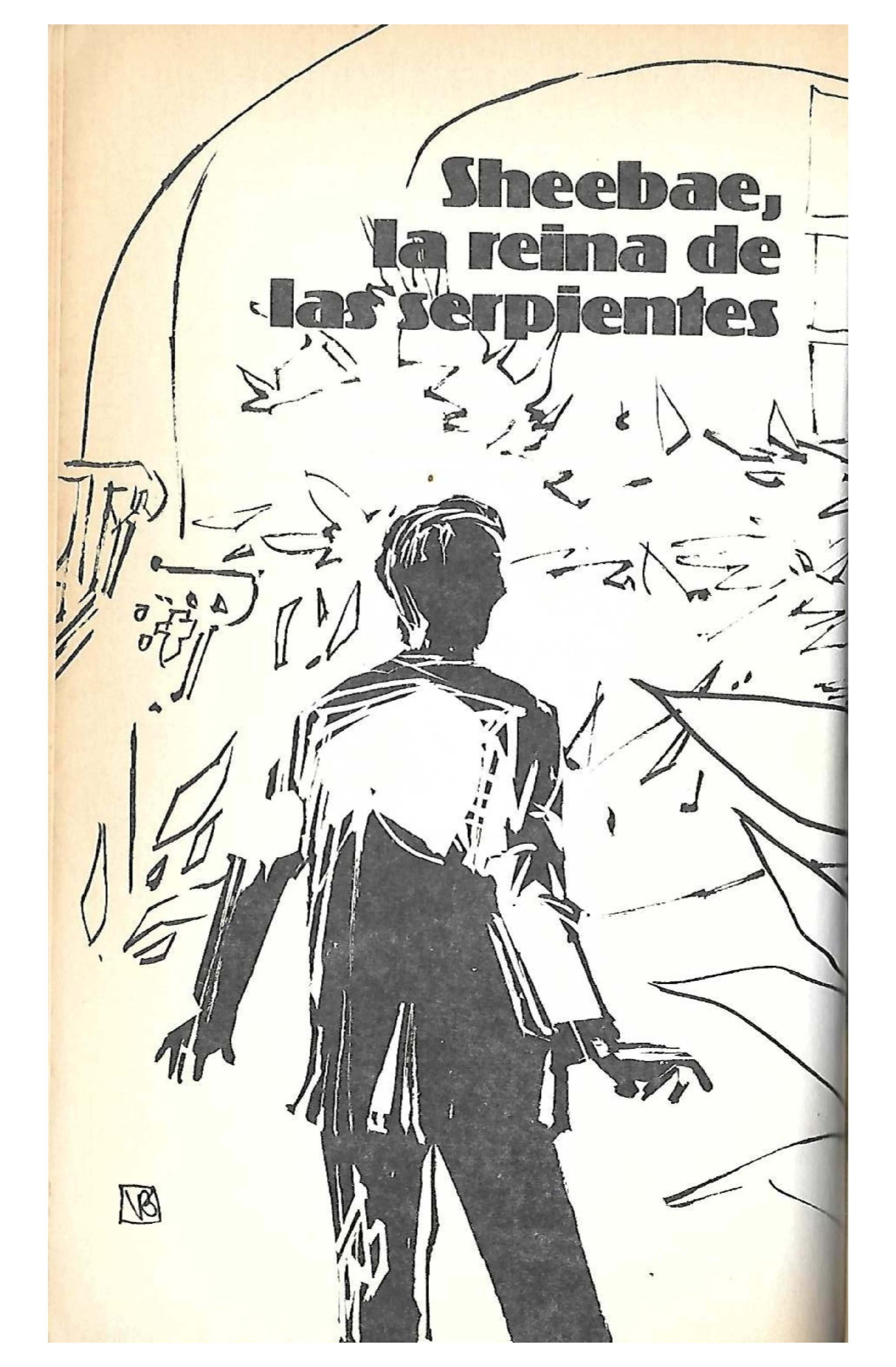
El inquilino fue retrocediendo espantado hacia la pared. Un rechinar de maderas y muelles anunció que la caja del ascensor había llegado a su destino. Se abrieron las puertas acristaladas y el horrendo residuo que se origina y crece en los ascensores se agitó culebreante. El ruido de un pestillo y un siniestro chirriar le hicieron comprender que no había ya ningún obstáculo entre él y el interior de la cabina. Un confuso bisbiseo se extendió por todo el rellano y

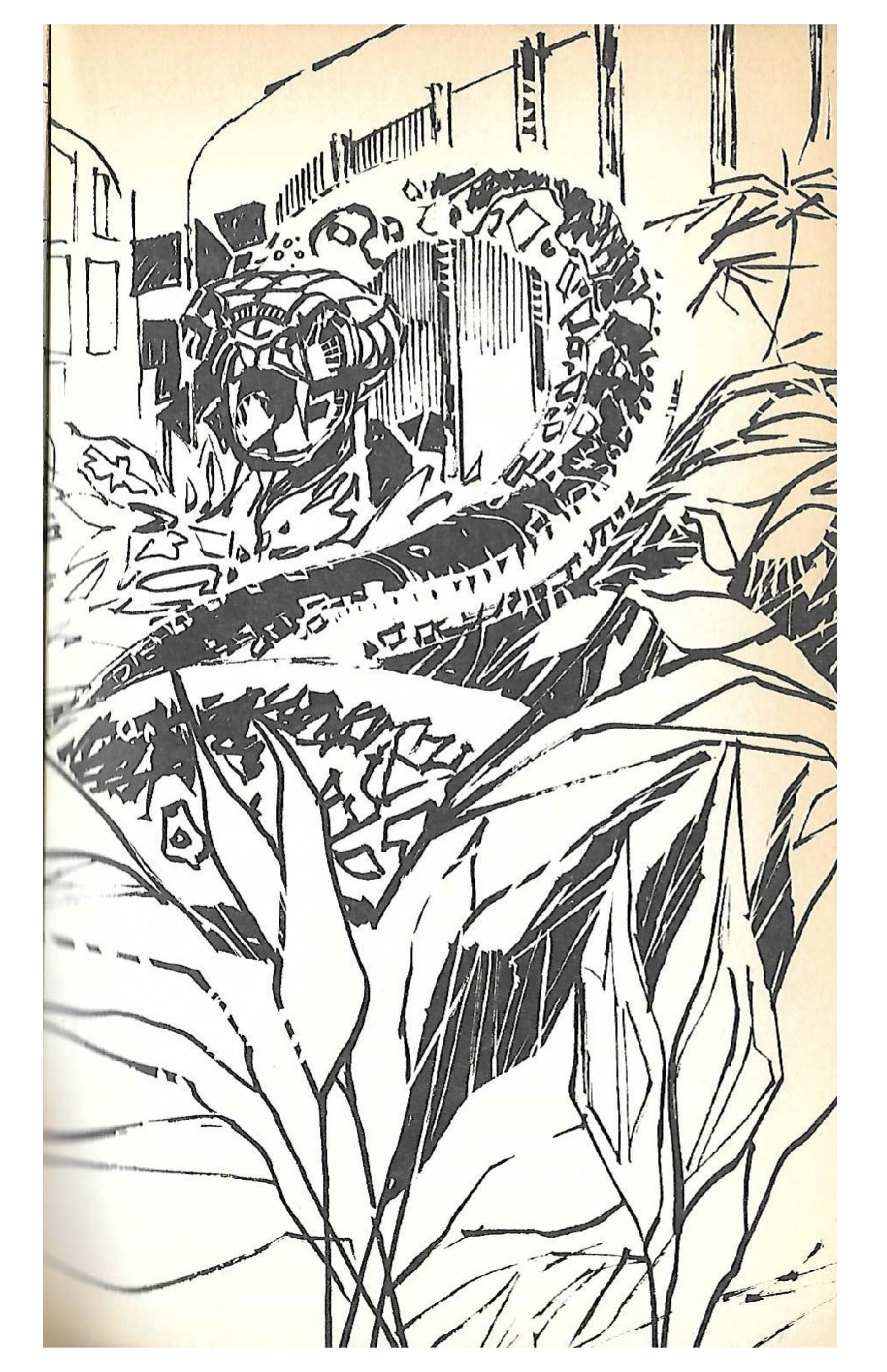
algo familiar y desconocido a la vez se fue vertiendo como una densa marea que todo lo anega.

«¿Qué...?», se preguntó horrorizado. Y al instante encontró la respuesta en sí mismo: lo que crece en los ascensores, lo que se va alimentado de esquiveces equívocas, de roces furtivos, de murmullos secretos, de miradas confusas, de silencios embarazosos; restos de momentáneas presencias que se van depositando en el fondo de los ascensores y sobreviven en el polvo de los rincones, retazos del espíritu que, amalgamados y desprendidos de su ser, se van tornando oscuros y perversos; aquello, en suma, que nos acongoja y amenaza cuando entramos solos en un ascensor...



Sheebae, la reina de las serpientes





Sheebae, la reina de las serpientes

Manuel Yáñez

Desafió a los dioses iniciando un aterrador experimento que, sin duda, una sociedad civilizada no dudaría en tachar de locura.



E vivido este último año elevado a los máximos techos de la emoción, la pasión, el riesgo, la locura y el terror!

Y ahora que he llegado al final, cuando se me obliga a descender al terreno de los simples mortales, advierto que la frialdad de ánimo propia del ser superior en que me he convertido, me lleva a mojar la pluma en el tintero con una violencia inevitable, a la vez que la página de mi libreta de anotaciones me parece un oído enorme, el más objetivo, que recogerá de una forma permanente mi protesta frente a la social incomprensión de este miserable 1875, en el que Inglaterra, mi país de origen —¡pero nunca el de mis sentimientos!— se ve gobernado por la megalomanía de una mujer, la reina Victoria, y por el intelectualismo capitalista de un judío, Benjamín Disraeli...

Acepto que he de dar por finalizado mi ciclo vital, mi desafío a la moral establecida por los cobardes, cuando sólo cuento treinta y cuatro años. ¡Pero nadie conseguirá arrebatarme el privilegio de haber conseguido vivir hermanado con el máximo riesgo, gracias a mi ambición de querer probar que el hombre

puede llegar a igualarse con los dioses cuando es capaz de superar sus propias debilidades!

Luego de esta necesaria introducción, conviene también que deje muy patente que mi amor por *Sheebae* nació del pánico.

Hace diecisiete meses, veintiocho días y cinco horas, aproximadamente, yo me encontraba en un calvero africano, donde presencié, sumido en un éxtasis provocado por el miedo más ancestral, la victoria de *Sheebae* sobre un joven león que debió cometer el error de echarse a dormir lejos de la manada...

¡Con qué dominio y seguridad de su cuerpo de ocho metros de longitud formó los tres anillos que trituraron la resistencia del felino desesperado! ¡Y con qué ceremonial parsimonia se lo fue tragando hasta llegar al final del corto rabo desprovisto de pelos!

Los temblores que acusé al superar la parálisis a la que me había visto sometido durante un tiempo que fui incapaz de precisar —semanas después, gracias a mis estudios sobre el comportamiento de la especie *Python sebae*, a la cual pertenece *Sheebae* como su representante más espléndido, pude calcular que casi todos mis sentidos habían sufrido un agarrotamiento que duró unas dos horas—, unido a la recuperación de la visión consciente, me permitieron comprender que debía escapar de allí, lo más rápidamente posible. ¡Porque no quería ser devorado de aquella infernal manera!

Mi humanidad física logró alejarse de la gigantesca serpiente, pero no ocurrió lo mismo con mi todo interno. Y es que el recuerdo de la anulación de mis defensas, hasta quedar convertido en un amasijo de carne paralizada por el pánico, me transformó de una forma definitiva. Como siempre me había considerado un hombre valiente, dueño de una inteligencia capaz de enfrentarse y superar cualquier peligro del mundo, el tropiezo inesperado con «la magnificación del poder» sirvió para descubrirme mi gran equivocación. Y durante muchos días sólo pensé en que po-

día haber sido devorado igual que el joven león: los dientes largos y curvados clavándose en mi cuerpo, el abrazo múltiple y aplastante, el chasquido de mis costillas y mis pulmones reventados; y cuando la muerte me hubiese privado de la visión, la dilatación exagerada, inverosimil, de la cabeza de *Sheebae*, dispuesta a tragarse la mía en el momento que su piel le transmitiese que mi corazón ya había dejado de latir...

¡La magnificación del poder!

Esta es la valoración que merecía la forma de caza de la pitón, de esa criatura terrible y mayestática que se adueñó de mis noches, hasta que, una vez regresé a Londres, me dejé envolver por el reto de pánico que se me había inoculado, igual que una droga de hábito fulminante, en aquel calvero africano castigado por el sol y por la lujuria de la salvaje naturaleza.

Como dispongo del suficiente dinero y tiempo para conquistar hasta la más cara de mis ambiciones, me entregué a una exhaustiva investigación sobre el comportamiento, el habitáculo y la superviviencia de la *Python sebae*. Después, cuando estimé que disponía de la suficiente información, acondicioné los sótanos de mi mansión para que reprodujesen lo más exactamente posible el entorno natural en el que vive y caza la reina de las serpientes.

Para esta labor debí recurrir a varios especialistas, a todos los cuales me cuidé de hacerles creer que mis pretensiones se ceñían a las del zoólogo que se conforma con estudiar, alimentar y mantener con vida a un solo animal. Y así fui superando todas las dificultades, especialmente las de mantener la misma temperatura y humedad de las selvas africanas.

¡Cómo agradecí los amplios conocimientos técnicos y científicos que he ido acumulando desde mi niñez gracias a una curiosidad insaciable!

Este saber me ha permitido cuidar de todos los árboles, palmeras y plantas que inundan las tres grandes estancias que he dedicado a *Sheebae*...

Sin embargo, la máxima dificultad se me presentó al adquirir la seguridad de que me hallaba en las idó-

neas condiciones para volver a Africa, con el fin de capturar, sin dañarla, a la reina de las serpientes.

Me entrevisté con varios cazadores profesionales, que trabajaban para los zoológicos más importantes de Europa y de los Estados Unidos de América. Pero ninguno me convenció, debido a que eran demasiado amigos de la legalidad: registros de entrada y salida del «animal capturado» en los distintos países por los que pasáramos, obligatorias cuarentenas, inspección oficial del habitáculo artificial que yo había instalado, sometimiento a no sé cuantos procesos de sanidad, etc., etc.

Cuando ya empezaba a creer que soñaba con un imposible, fui a tropezarme con Alastair Chubb, el dueño del «espectáculo más fiero y salvaje del mundo»; y su habilidad para el soborno, la petulancia de su conversación y la seguridad extrovertida de su cinismo me dijeron que él era la persona que yo estaba buscando.

—O sea que usted desea una *pitón seba* —comentó tras una pinta de cerveza negra, humedecidos los bigotes y utilizando sus ojos procinos como máquina registradora de las libras que iba a poder sacarme—. Le diré que yo he tenido una en mi espectáculo, pero debí sacrificarla.

—¿Cómo es posible? —pregunté sorprendido, pero sin notar que mi obsesión hubiera decrecido ni un ápice.

—Se pasaba todo el tiempo dormida durante los días, y hasta las semanas, que duraba su digestión interminable. ¡Una gruesa manguera de goma pintada hubiese causado el mismo efecto entre el público! Claro que sus razones seguramente han de ser muy opuestas a las mías, mister Crowley: yo pretendía ofrecer una atracción salvaje, feroz, mientras que usted...

—Me mueve un interés científico —contesté rápidamente, procurando no delatar lo desmedidas que podían resultarle mis intenciones.

—Ya lo entiendo. Usted es un apasionado de la

ciencia. Y como tiene algo en la cabeza que pretende comprobar lo antes posible, no desea ver obstaculizados sus deseos por culpa de las burocracias aduaneras y sanitarias de nuestra «reglamentada» Gran Bretaña.

—En efecto, mister Chubb. ¿Cuándo saldremos de viaje y qué me costará su colaboración?

—¡Me gusta hacer tratos con personas tan prácticas y directas como usted, amigo mío! Concédame ocho días para contratar el barco, reclutar a los hombres y comprar todo el equipo necesario. Respecto al precio total... ¿Qué le parecen dos mil cuatrocientas libras pagadas antes de salir de Londres?

—Serán tres mil libras, que dejaré a su nombre en mi banco para que usted las cobre cuando hayamos regresado con éxito del viaje. A lo que no me negaré es a entregarle una primera suma a cuenta ahora mismo, que deduciré del importe total, mister Chubb.

—Ya veo que es usted un hombre desconfiado...

—Sólo prudente, «amigo mío».

Después de esta entrevista, pocas veces se nos presentó la ocasión de volver a mantener una charla tan larga en las nueve semanas que estuvimos respirando el mismo aire infecto y comiendo idénticas provisiones. Cada uno sabía lo que esperaba del otro: él se limitó a actuar con una gran eficacia, y yo me mantuve a la espera, sin entorpecer para nada el desarrollo de la rutina de un largo viaje y de una expedición bastante fatigosa.

Las primeras dificultades se presentaron cuando indiqué imperiosamente en un mapa el lugar dónde se encontraba el calvero, y ordené que se diera caza a *Sheebae,* a la que describí con todo detalle, llegando hasta el extremo de dibujarla con una fidelidad que sólo hubiera superado la fotografía.

—Me parece que su interés es algo más que científico, mister Crowley —murmuró el astuto canalla al comprobar mi obstinación—. Yo me atrevería a ta-

charlo de morbosa sugestión. ¿Cuándo vio usted a esa pitón tan peculiar?

—¡Creo que no es el momento de hacerle oír una información que considero inútil! ¡En el caso de que lo estimase necesario, podría aumentar la factura de sus gastos, mister Chubb! ¡Pero sólo quiero a *Sheebae*, y no me conformaré con ninguna otra serpiente!

—De acuerdo, mister Crowley. Usted es el que manda. Confiemos que el «animalito» continúe con vida...

Dejó la frase sin concluir, cargada de una ironía preñada de amenazas, y se dispuso a seleccionar los ojeadores que debían localizar a la reina de las serpientes.

Tres días más tarde, apareció en mi tienda con el brillo de la codicia destilando en sus ojos, lo que pasé por alto ante la evidencia de que sus noticias iban a ser de lo más esperanzadoras:

—¡Ya la tenemos en nuestras manos, mister Crowley! Hemos colocado un cebo vivo, como usted nos indicó, y la daremos caza en el momento que «su animalito» esté haciendo la digestión... Pero ¿qué le sucede ahora?

Mi nerviosismo había crecido hasta tales extremos, que me incorporé apresuradamente dispuesto a conducir personalmente la captura y el traslado de *Sheebae* a la jaula especial.

Y en este empeño me mostré tan celoso, tan exigente y estricto, que descubrí hasta qué punto me dominaba la obsesión. Porque, además, al tener en mi poder a la reina de las serpientes, ya no fui capaz de separarme de su lado: amaba las tonalidades de su piel, el poderío de su cabeza durmiente y la dimensión impresionante de sus anillos. Contemplándola empecé a combatir el pánico.

De esta forma, en el momento que la vi abrir los ojos, con todas las furias encerradas en sus diamantes visuales, un rescoldo de miedo todavía vibró en mis nervios; mientras, una sonrisa de complicidad me ponía en contacto con aquella criatura irracional a la que

únicamente había conseguido vencer, temporalmente, con la ayuda de otros hombres y de unas trampas mecánicas. Pero las cosas hubieran sido muy distintas de encontrarnos los dos en el mismo entorno natural, y disponiendo de las únicas armas de la astucia, la habilidad, la inteligencia y la fuerza...

Pero la burlona curiosidad de Alastair Chubb, siempre al acecho de mi relación con la reina de las serpientes, me llevó al convencimiento de que debía ocultar mi obsesión si no quería que aquel maldito me convirtiese en una víctima a la que chantajear en base a «un comportamiento que nuestra sociedad civilizada no dudaría en tachar de locura».

Recurrí al alcohol y a la morfina para doblegar los impulsos que me arrastraban a la bodega del barco, en la que se guardaba, acondicionada escrupulosamente, la jaula de *Sheebae*.

Algunas veces fui a echarla un vistazo exhibiendo un sentido del humor fingido, propio de la embriaguez química, con el que pretendía dar idea de que mi trato con «la bestia» era el propio del tirano inteligente que es capaz de domesticar a «lo más salvaje». Pero mi voz estropajosa y mis torpes palabras sólo servían para desatar las risas de la tripulación, sin que consiguieran eliminar la codicia del que ya se había convertido en mi peor enemigo.

* * *

Hace un año exacto que la pitón hermosísima y despiadada, la magnificación viva del poder irracional, quedó aposentada en el habitáculo artificial de la vieja mansión de los Crowley, herederos directos del rey Arthur y dueños de los títulos más nobles de toda la Gran Bretaña.

Y casi por aquellas mismas fechas iniciales se produjo el primer encuentro con el fascinante «espectáculo de la derrota humana»...

¡Dios, Dios...!¿Puede existir algo más hermoso? ¡De qué forma tan personal comprendí por qué los

antiguos habitantes de Roma olvidaban la injusticia social y su propia hambre al contemplar los números espeluznantes que les ofrecía en el circo la sabiduría y la pasión de los césares!

Había estado esperando la visita de Alastair Chubb desde el momento que le firmé la autorización para que cobrase el dinero que yo había ingresado en el banco a su nombre. Apareció en mi despacho más sonriente que nunca, tan codicioso como en las proximidades del calvero africano y con una oferta que no me causó el menor asombro:

—Su interés por esa pitón me ha venido quitando el sueño, mister Crowley. Porque estaba seguro de que yo podía darle una aplicación en mi espectáculo, pero no encontraba la solución. ¡Y ya la tengo! —Comprendí que no venía a chantajearme, y me gustó esta variante de su ambición, pues le situaba en unas condiciones de inferioridad frente a mi crueldad; al mismo tiempo, él seguía exponiendo sus propósitos—: ...El asunto se basa en comprobar exactamente en qué momento *Sheebae* va a decidir lanzarse a la caza; entonces, montaríamos un espectáculo similar al que a usted tanto le fascinó, pero con un añadido que prolongaría el morbo: dado que la víctima tragada es adivinable, por sus formas externas, a través de las dilataciones de la piel de la serpiente, dejaríamos que esta deformación «tan sugerente» desapareciese lentamente a medida que se fueran cubriendo las distintas fases de la digestión de «nuestra estrella»...

—¿Dónde encontraría el público inclinado a pagar por ese «numerito»? —pregunté sin disimular mi escepticismo.

—En muchos lugares de Londres y de otras ciudades importantes, mister Crowley. Me refiero a personas cultivadas, sensibles y aficionadas a los refinamientos más morbosos. Como entenderá, organizaríamos unas exhibiciones privadas, muy selectivas, a las que asistirían únicamente aquellos que supiesen callar el placer excepcional que les habíamos ofrecido...

—Por sus palabras, he de entender que da por hecho que mi respuesta va a ser afirmativa. ¿Cuánto tiempo tardaría yo en recuperar el dinero invertido y en qué basa usted su derecho a participar en ese negocio tan fantasioso?

—Estoy dispuesto a aportar mil libras iniciales, a cuidarme de la selección de los futuros clientes y a repartir el cincuenta por ciento de los beneficios con usted. ¿Qué le parece?

—Pues, mire... Si he de serle sincero, me cuesta aceptar cualquier trato referente a *Sheebae,* cuando no creo haber podido saber adaptarla al habitáculo que le tenía reservado... ¡Ciertamente me siento muy preocupado!

—¿Cómo es posible si usted me dijo que había contado con el asesoramiento de los mejores especialistas? —preguntó el canalla, introduciendo el torpe hocico de su curiosidad en la carnaza que le estaba ofreciendo con mi hábil mentira.

—Si desea puede verlo usted con sus propios ojos... Tal vez sus consejos, cuando se haga cargo de la situación a la que me enfrento, me permitan tomar una decisión irremediable...

—¿A qué se refiere, mister Crowley?

—Como ya me anticipó usted hace tiempo, la ineficacia de una *Python sebae* en cautividad resulta tan desesperante que, sintiéndolo mucho, creo que terminaré viéndome obligado a sacrificarla.

—¡No hable usted así cuando sólo lleva cinco días manteniéndola en esta mansión! —protestó el feriante, vivamente interesado.

Se dispuso a acompañarme a los sótanos. Procuré marchar delante, con pasos indecisos y sin hablar; en cuanto llegamos a la puerta de gruesa madera y sólidas bisagras y cerraduras, le proporcioné una escopeta de caza, yo me armé con otra y alcancé el manojo de llaves.

El crujido de la cerradura trepó por el silencio que nos rodeaba con un eco de resonancias; luego, empujé el alto batiente, y me introduje en la selva artifi-

cial que la ciencia, la imaginación y mi dinero habían recreado; mientras que detrás, todavía en la ausencia de sonidos debido a que nuestros pasos quedaban amortiguados entre una alta maleza, me llegó el susurro de asombro de mi acompañante. Y, en seguida, capté las palpitaciones de su miedo, porque nos rodeaban las lianas, los arbustos, las ramas bajas de los árboles y todos esos lugares que podían servir de emplazamiento al ataque de nuestra enemiga despiadada. Dejé que transcurriesen unos gozosos minutos, hasta que me di la vuelta dispuesto a que recuperase la confianza con esta pregunta intencionadamente «inocente»:

—Supongo que no pensará que he dejado suelta a la serpiente, ¿verdad, mister Chubb? Ahora vamos armados por simple precaución, aunque le aseguro que me ofrece una gran confianza la jaula de vidrio en la que *Sheebae* se encuentra encerrada. ¿Qué le parece todo lo que le rodea?

—¡Sorprendente! ¿Cómo se produce este calor sofocante y de dónde viene la humedad de la hierba y de la maleza...? ¿Ehh...! ¡No... NOOOOO...!

¡¡Allí estaba la reina de las serpientes!!

El estúpido feriante pasó del miedo a la tranquilidad, y de la sorpresa moderada al pánico paralizante en unos segundos. ¡Porque había sido apresado por los anillos trituradores de la pitón, que sorprendentemente no le clavó los curvados puñales de sus dientes!

Y él se quedó sin habla, sin reacción física alguna, con los ojos y la boca sometidos a la máxima dilatación, pudiendo ver pero totalmente indefenso; mientras, la muerte más espeluznante le aplastaba en un abrazo ineludible, el aire se le reventaba en los pulmones con el estallido de sus costillas y de sus venas; su estómago y sus intestinos se vaciaban por todos los orificios de un cuerpo reducido a la enésima parte de su volumen, y con la brutal expulsión de su existencia, cuando ya el corazón estaba paralizado, se

produjo el inverosimil agigantamiento de la cabeza y las fauces de la hambrienta *Sheebae...*

¡A qué ritual tan fascinante pude asistir al contemplar cómo la poderosa máquina viva, perfecta, iba procediendo a tragarse entero el cadáver del ex codicioso...! ¡Me sentí inundado por una tromba de reacciones orgásmicas!

Pero, inmóvil y con la escopeta en posición de disparo, aún tuve lucidez para comprender que aquellas botas claveteadas no facilitarían la digestión de «mi amada». Por eso corrí a evitar el mal, sin pensar que me estaba sometiendo a un riesgo inmenso. Logré descalzar los pies flojos, balanceantes, cuando las fauces de la pitón gigantesca ya habían alcanzado la cintura de lo que fue Alastair Chubb.

Después, retrocedí a mi «platea particular», y seguí asistiendo al morboso espectáculo, sintiendo por primera vez que el terror se convertía en una comunión satánica entre el poderoso irracional y el astuto racional que era yo.

Y al igual que el fanático que obtiene en exclusiva individual, para su único goce, la propiedad de una obra de arte, yo supe que las horas que estaba disfrutando eran mías, en un excepcional previlegio, pero que sólo podría tener una continuidad si me cuidaba de repetir el espectáculo...

Y es que lo insufrible de aquel sublime instante se hallaba en la certeza, cada vez más evidente, de que tendría un final. ¡Por eso me recreé en su contemplación, sin perderme ni el más insignificante de los detalles!

Permanecí allí hasta que se produjo la total ingestión de la víctima, y aún me quedé esperando a que las paredes internas de *Sheebae* se fueran desplazando, siempre con una lentitud pasmosa, para que las costillas se fijaran alternativamente después de adelantarse con el fin de que el inmenso estómago se colocara sobre el alimento... ¡Y de esta forma la última silueta de Alastair Chubb quedó esculpida bajo la piel reticulada y palpitante de glotonería!

Debido a las dimensiones de mi ex enemigo, supuse que la digestión de la reina de las serpientes se prolongaría por espacio de unas tres o cuatro semanas: quieta entre la agradable maleza, con los ojos cerrados, dormida y alerta, aunque existía la posibilidad de que, inesperadamente, se deslizara en busca del agua.

Dos días más tarde, me vi importunado por la presencia de unos detectives de Scotland Yard, debido a que algunas personas habían oído decir al feriante que iba a hacerme una visita. No me resultó difícil inventar una mentira creíble, con lo que salvé el primer obstáculo con relativa comodidad.

Los problemas comenzaron a plantearse cuando mi exigente familia, tan amiga de las fiestas y de todo tipo de pamplinas sociales, convirtieron en una especie de deporte su empeño por liberarme de la repentina soledad en que yo había caído. Mi primera reacción fue la de enfadarme con todos ellos, porque me negaba a separarme ni un sólo minuto de *Sheebae.*

Pero ¿es posible espantar a varias decenas de las personas más influyentes de un país como Inglaterra y sus cientos de fieles servidores?

Debí rendirme ante el acoso permanente, sobre todo porque supe que se estaba intentando sobornar a mis criados con el afán de averiguar «qué adorable mujercita había sido capaz de retener en casa a un misógino como vuestro amo».

Sin embargo, mi desesperación se esfumó en el momento que encontré una utilidad «comestible» en mis salidas de la mansión: la selección de las presas que servirían de banquete a la reina de las serpientes y, a la vez, cumplirían el papel de actores principales y únicos del más espeluznante de los espectáculos.

Y de esta manera acabé con prima Agatha —¡nadie pudo abrazar tan «apasionadamente» a esa vieja lasciva!—, con tío Henry —¡qué rojo se puso ese devorador de salchichas, que nunca pudo suponer que iba a morir convertido en el «más gesticulante» de sus alimentos favoritos!—, con mi sobrina Kate —¡cómo

chascaron sus horribles verdes ojos gatunos bajo las dagas de los dientes de *Sheebae!*—, y con tantos otros...

¡Hasta que la malsana curiosidad de mamá vino a situar el techo de mi encadenamiento a la magnificación del poderío irracional!

Ella se había negado a vivir en la mansión Crowley, dejándomela para mí solo, como airada protesta frente a mi repulsa a que se hubiera casado por segunda vez. Con el desgranar de los años, empezó a servirse de terceros en un intento de reconciliación que yo jamás alenté. Pero la muerte de su marido, un estúpido constructor de casas para la clase media, me obligó a asistir al entierro —empujado por otro de mis impulsos morbosos—, y desde entonces se impusieron unas visitas recíprocas, cada seis u ocho meses, que jamás se prolongaron más allá de los tres días.

La vieja cotilla, máscara de afeites que revelaba aún más su fealdad y las heridas de la edad, se empeñó en averiguar qué motivaba mis largas visitas al sótano. Estoy seguro de que, influenciada por la novela romántica-decadente francesa, llegó a suponer que yo ocultaba allí una especie de «dama de las camelias». Y como estaba al tanto de mis astucias y recelos, se cuidó de buscarme las vueltas —¡con qué demoníaca sagacidad actuó la condenada!—, hasta que consiguió descubrir el escondite del manojo de llaves...

Me encontraba acostado en mi dormitorio cuando escuché la campana de alarma. Alcé la cabeza hacia el tablero, y el desplazamiento de la casilla número dos me indicó que había sido abierto el habitáculo de *Sheebae.* Salté del lecho, desprecié las babuchas, encendí una lámpara de petróleo a la vez que me lanzaba en busca de la escalera, y llegué a la puerta cuando ya era inútil todo intento de salvarla...

¡El hedor embriagador de la muerte golpeó sádicamente mis fosas nasales!

Corrí en busca del espectáculo, ¡del más terrorífico espectáculo!, y me encontré con la materialización del abrazo supremo: la cabeza de mamá pendía to-

talmente destrozada, con el cuello descoyuntado, y se escuchaban los postreros chasquidos de sus huesos...

Cuando la boca de la reina de las serpientes se dilató, siempre en unas proporciones que me resultaban inverosímiles, acusé el impulso de huir de allí, de maldecir el grado de perversión al que había llegado. Pero me mantuve quieto, clavado en la tierra, sin voluntad...

Una acre saliva se condensó en mi garganta, mis ojos se quedaron sin brillo y mis labios dibujaron una mueca de sonrisa idiota. Sin embargo, de repente, me sentí más fuerte que nunca: estaba en aquella selva artificial, presenciando el más horrendo de los crímenes que puede cometer un ser humano, y no había perdido el sentido...

¡Porque el prodigio único de aquel espectáculo sólo se hallaba reservado a los dioses: Calígula, Nerón... y Richard Crowley, yo!

El acto de la deglución del cadáver de mamá fue como un parto al revés: por mi capricho ella se iba a transformar en proteínas de vida dentro del cuerpo de *Sheebae,* mientras que suyo fue el mérito de darme la existencia expulsándome desde su interior...

¿No es ésta la mejor demostración de las cotas de terror que fui capaz de soportar sin dejarme vencer por los prejuicios sociales y morales y los lazos sanguíneos...?

No obstante, a lo largo de las semanas siguientes, se hicieron demasiado frecuentes las visitas de un sabueso de Scotland Yard, el cual también se empeñó en visitar el habitáculo de *Sheebae...*

¡Y con su muerte llegó la culminación de un año de locura y terror dominados por un ser superior!

Ahora sé que la policía viene a detenerme. Esta mañana me ha telefoneado un viejo amigo, alertándome porque ignora la magnitud de mi conducta, la cual, según los convencionalismos de una civilización de cobardes, es considerada un delito infrahumano...

¿Cómo podría escapar si no dispongo del tiempo suficiente para llevarme a la reina de las serpientes?

Después de las seis horas que me ha llevado rellenar estas cuartillas, ya sólo me resta una decisión: entregarme al abrazo de *Sheebae,* y encontrar mi féretro en su poderoso cuerpo, ser «más suyo» que de ninguna otra manera, y llevarme al más allá la certeza de que no ha existido en el mundo mayor Amor que el que me une a la más bella y satánica de las criaturas vivas...

Dentro de unos segundos, cuando abandone la escritura y marche en busca del más fascinante de los suicidios románticos, contaré con otro placer en exclusiva: saber cómo va a producirse mi muerte, segundo a segundo, y cómo mi cadáver irá siendo «sepultado» en el espléndido cuerpo de mi amada: ¡Convirtiéndose en una parte vital de la magnificación del poderío irracional que ella, la reina de las serpientes, representa!

P.D.: ¡Si no entendéis mi comportamiento, peor para vosotros, cobardes!

Número fatal

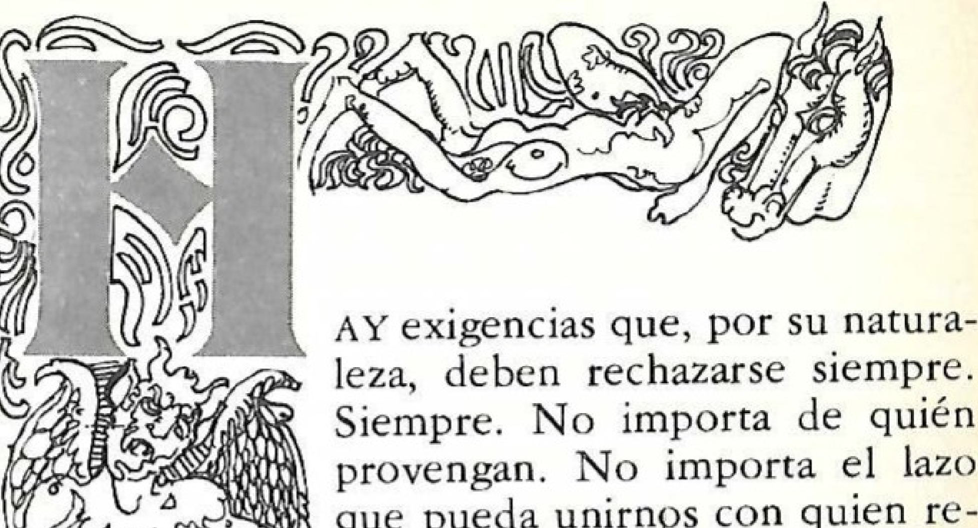




Número fatal

Manolo Marinero

Con la ligereza de quien apuesta una pequeña suma de dinero en la ruleta, accedió a la infame sugestión que se le exigía como prueba de amor definitiva



HAY exigencias que, por su naturaleza, deben rechazarse siempre. Siempre. No importa de quién provengan. No importa el lazo que pueda unirnos con quien reclama de nuestra parte una obediencia insensata. Jamás se puede ceder en estos casos. En la comisión de absurdas, terribles acciones propuestas y maquinadas por mentes morbosas, por caracteres abusivos, que encierran una crueldad gratuita y arbitraria...

* * *

Ella estaba en su poder. *(El oía el estribillo de la canción del difunto Eddie Cochran, que había sido un tercero, una compañía, en la historia de los dos).* Sobresaliendo de las lisas paredes desde los discos de madera barnizada, las cabezas disecadas de los gatos eran testigos impotentes. Parpadeaban a su pesar. *(Todo cuanto podían hacer era maullar).* Perseguía a Lourdes Alvarez Netz a través del salón con la larga aguja ennegrecida durante casi cien años por la acción de aires húmedos y secos, insulares y peninsulares, marítimos y continentales. Una de aquellas bayonetas con forma de estoque, de las de Cuba y Filipinas, que perteneció a uno de sus

ocho tatarabuelos varones. Pero Lourdes, ágil, lograba huir a su terraza.

A la altura del arco de la puerta, él solamente conseguía alcanzarla en las curvas de los pantalones de pana celeste. Sólo rozaba un segundo en el aire con la punta de la bayoneta los rizos rubios que escondían la blanda nuca blanquecina. Pero la terraza no tenía más puertas. No tenía salida. Ella estaba arrinconada. Sitiada delante de las gitanillas rosas. Ojos claros inundados de pánico. Hermosos ojos miopes. Respiración agitada bajo la camisa aguamarina con canoas, merlines, cocoteros, barracudas, palmeras, cacatúas, tucanes, varaderos. *(Oía «Opportunity» cuando Cochran mete voz sobre el rasgueo de la guitarra rítmica, sugiriendo «Dame una oportunidad»).* Podría atravesarla escogiendo el punto de incisión. No quería herirla de arriba a abajo . Sino de abajo a arriba. *(Oyó a sus espaldas el mayar de desafinada protesta; los nerviosos maullidos de los gatos disecados).* Cambió con la mano izquierda la manera de sujetar el grueso aguijón en el puño derecho. *(La obsesiva pausa de Eddie Cochran; sólo el sonido de la guitarra, languideciendo ahora).* Pero ella ya no estaba allí. Sólo el cristal opaco del cancel que separaba las terrazas contiguas. *(Fue un grito alzándose sobre los coléricos, agudísimos maullidos de las cabezas acollaradas de lisa madera. Un lamento vertical, horrible en su brevedad, a lo hondo de la caída desde una altura de seis pisos).* Y la negrura. La momentánea desaparición de imágenes.

Le besaba en la cama. Con la lengua blanda, acariciadora, que paladeaba sin urgencias. No, ya no. Ahora no era la relajada lengua de Lourdes, tibia. También la otra, la apretada, la absorbente, la incisiva, la de humedad fría, la de sangre fría. Pero sí eran las dos. Lourdes e Inés. La mirada azul, con chispas alegres que escondían sensibilidad, melancolía e inteligencia en Lourdes, y la mirada acerada, equívoca y enigmática de Inés, que escondía secretos voluntariamente. Los ojos que antaño saltaban de una alegría musical a la desesperanza y resignación de la,

a pesar de todo, entusiasta Lourdes, y los bellos ojos grises, prometedores, irónicos, escrutadores, de Inés.

Pero Lourdes estaba muerta. Lejos, abajo, seis pisos abajo, en el pavimento. Sin embargo, su sangre resbalaba muy lentamente, descendiendo en cortina sobre el vidrio grumoso, granulado, del cancel de la terraza. *(Volvió a oír su estridente grito de angustia, interrumpido en seco).* Goteando a lo largo de los tallos de las gitanillas rosas, a lo largo del filoso acero acanalado de la bayoneta hasta el saliente guardamano, hasta sus nudillos prominentes, hasta sus dedos apretados, la sangre. *(El incesante lamento del coro de maullidos).* Despegó a tirones las indefensas cabezas furiosas y las pisó.

También había muerto Inés. En pasado, sin una muerte concreta, sin imágenes precisas o difusas. Muerta. El no quería vivir sin ella. Estaría desamparado, hueco. No podía enfrentar el futuro sin ella.

Avanzó guiado por el gorgoriteo de las lechuzas, mucho más sedante y agradable que el desafinado mayar de los desesperados gatos disecados, ahora mudos, reventadas cabezas rodeadas de serrín esparcido. Caminó a través del corredor que conducía hasta las cruces de mármol. El lóbrego embudo de ángulos rectos, menos y menos oscuro a cada paso, en que gorgoteaba un gas burbujeante, sucio. Avanzaba decidido, obediente a su llamada. A sus dulces llamadas de ultratumba. Hacia la muerte.

Como si por rutina sacara un cajón corredizo de un archivo, extrajo sin esfuerzo el ataúd del nicho. Del tenebroso fondo salió volando una lechuza, perdiendo pluma suave, con el roedor apresado en el corvo pico.

El descerrajó las clavijas. Se levantó polvo espesado. Destapó el féretro. *(Oyó la música de Eddie Cochran, la variante de «El tercer hombre», como una protesta indirecta, pero desgarrada, desconsolada, de Lourdes).* Pero a pesar de todo, entró en la caja con Inés, a morir para siempre con su amada.

* * *

No comentó nada.

No le contó la pesadilla a Inés.

Su mujer era muy absorbente. No hubiera aceptado compartir nada de Antonio con otra. Ni siquiera una alucinación. Al fin y al cabo, una alucinación es un sueño.

De cara a la glorieta desierta y agrisada por la lluvia, Antonio tomaba una taza de té humeante a un palmo del cristal de la ventana. Recordaba en la distancia a Lourdes Alvarez Netz con una sensación cálida, con un tipo de afecto indefinible, una nostalgia irrazonable, casi irracional. E intentaba luego razonar su dependencia, su necesidad de Inés Saavedra. Y la molesta inseguridad de Inés. Y el por qué del sentimiento de Inés de anhelo por convivir futuro, más fuerte que el de satisfacción por la convivencia real y presente. Todos aquellos problemas.

Al volverse, creyó obedecer a una silenciosa petición de ella. Pero al descubrir la expresión deprimida de Inés, dedujo que ella no había estado mirándole cuando él estaba de espaldas.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

Antonio bordeó la esquina de la cama para dejar la taza de té en el carrito. Luego dio dos pasos con la intención de sentarse en el borde de su cama de matrimonio, junto a ella. Sólo hizo el movimiento a medias, sin que Inés pareciera advertirlo. Repentinamente tenso e incómodo, dio un segundo rodeo, y, apartando la sábana arrugada, se sentó en su lado vacío. Cambió dos o tres veces la dirección de su mirada antes de romper a hablar de nuevo. De antemano sabía que su voz sonaría intimidada, débil en su tentativa.

—Vamos, ¿qué te pasa?

Una pausa. El chapaleteo de las ráfagas de lluvia contra la ventana.

—¿En qué piensas? ¿Te preocupa algo?

—No es nada.

El ámbito de su dormitorio se hizo opresivo.

—Inés... —intentó cambiar de tono— cuéntame.

—Se me pasará.

—¿El qué? Dímelo.

—Es que... hace unos días que...

—¿Qué? —la impaciencia le hizo levantar la voz.

Pero ella negó lenta y suavemente con la cabeza, con contraproducente amabilidad en la expresión, sin mirarle, con los ojos distraídos en la pared que no veía. Y bruscamente giró de lado, bajando las piernas de la cama.

—Nada, nada. No merece la pena hablar de ello.

Inés se había cubierto con un salto de cama que había dejado a mitad de la noche sobre la alfombrilla. A Antonio esa le pareció una acción absurda, un movimiento artificial, falso, delante de él y a cuatro pasos del cuarto de baño. Ya le había reventado la actitud de ella en el diálogo. Muchas veces le empezaba a contar algo, e inmediatamente se arrepentía, provocándole a él una curiosidad irreprimible, un estado de ansiedad insostenible.

Inés no era desde luego la mujer más guapa que había conocido. Tampoco la más simpática. Pero tenía una personalidad acusada y compleja, muy atractiva. Era una persona muy fuerte e independiente.

Antonio no podía comprender ni encajar la más reciente evolución de Inés. Ahora Inés parecía tan insegura como él mismo. Tanto como lo fue en alguna ocasión Lourdes Alvarez Netz. Era curioso, pero recordaba ahora con malestar físico la violenta muerte de Lourdes en la pesadilla, mientras que de la de Inés quedaba sólo la calma, la indiferencia posterior a una desgracia ficticia.

No cesaba de oírse la ducha ni el repique de la lluvia en los cristales.

De repente tuvo la sensación de que la lengua de Inés durante el sueño se movía en su garganta como la bífida de una serpiente. Y de repente se sintió muy perturbado por su propia actuación en aquél. ¿Qué significaría? ¿Por qué había soñado que atacaba de aquella manera vergonzosa a Lourdes? Nunca le ha-

bía deseado a ella ningún mal. Pero era obvio que no la había olvidado. Aunque hubiera enterrado sus cartas y sus fotos bajo toda la ropa vieja, en el maletero empotrado. Pero no era una estatua secular, un escondite indescifrable de secretos como lo era Inés. Inés era un esfinge.

Inés se daba su baño de sales tras la ducha fría. Era como tomar un tranquilizante después de tomar un estimulante.

Hasta que empezaron a vivir juntos y se casaron en una de esas bodas que es más una fiesta y una travesura que otra cosa, Inés Saavedra nunca se había detenido en un sitio ni en una persona. Antonio conoció a Inés Saavedra en la etapa en que ella había decidido «pararse» ya y escribir «literatura». Antonio había echado un vistazo a hurtadillas a los apuntes de Inés. Porque Inés no consentía que nadie supiera lo que se traía entre papel y manos, hasta que estuviese publicado. La especialidad de Inés, sin llegar a alarmarle, le sorprendió un poco. *«El sueño en la cripta de la Bella Durmiente»*, *«Os escucho, hombres muertos»*, *«La modelo desnuda del antifaz»*, *«Pantera en un laberinto»*. Por eso dejó ella su posición de periodista nómada y famosa, igual que había dejado por el periodismo de reportajes su carrera de azafata. ¿Estaba ocupando él acaso un papel de transición, de mojón en el camino?

Parecía paradójico que ella tuviera la aprensión de perderle, como le había confesado. Porque Antonio sí sufría el presentimiento de ir a perderla. Haría cualquier locura por impedirlo.

* * *

—Sí. Te lo aseguro. Sería capaz de morir por ti —dijo el actor.

—Pero yo no podría soportar que desaparecieras. Sin embargo...

—¿Sin embargo...? —apremió Antonio, excitado.

—... no serías capaz de algo más difícil.

—¿De qué?

—De matar por mí.

–¿A quién?

Ella respondió encogiéndose de hombros, sosteniendo su interrogante mirada. Antonio desvió la vista y sonrió. Acabó el fondillo de whisky aguado.

Muchos caballos se desplomaban en la pantalla de televisión en los sucesivos obstáculos, derribando a sus jinetes. Otros galopaban solos.

Inés apreciaba de vez en cuando, de reojo, el físico de su segundo marido. Y espiaba su expresión. Le comparó con el piloto con el que antes había estado casada y con otros hombres. Diferentes personas interpretarían la extraña sonrisa de Inés Saavedra como de satisfacción, de amargura, de premeditada crueldad o de astucia.

—No serías capaz de matar por mí —escuchó otra vez Antonio.

—No —contestó.

Era una insípida broma. Y él estaba distraído con el spot publicitario. No podía separar la vista de los spots publicitarios. Hacía cinco años también que él había trabajado en spots. En alguno, junto a Lourdes.

—Ni aunque nos fuera en ello la felicidad —la voz de Inés sonaba con un tono de seriedad alarmante.

—Haría... —Antonio giró el cuello, olvidando la televisión, y encarando a su mujer—... haría lo que fuera, con tal de que estuvieras segura de que te quiero, Inés. Cualquier cosa que fuese necesaria. Aunque después tuviera que lamentarlo.

—No —ella no le miraba—. No es nada concreto. Olvídalo.

Inés sonreía ahora, divertida con las carreras y persecuciones del gato y el ratón de los dibujos animados. La figura del gato se aplastaba, se trituraba en picadillo y se carbonizaba por un inesperado portazo en los hocicos, por pasarle por encima una cortadora de césped y por haberle encerrado el ratón en un

horno, del que éste giraba el dial hasta el máximo.

Antonio se sirvió más whisky y cubitos de hielo. Cambió de postura en la butaca.

—Creo que estás dejando de quererme —escuchó Antonio—. En realidad pienso que después de un comienzo maravilloso, ...nuestra historia deriva hacia la vulgaridad. Ahora mismo parecemos una pareja de... nos parecemos a mis padres. O a los tuyos.

Antonio dirigió a Inés una mirada fría, rebelde.

—No —concluyó Inés como si opinara negativamente de un libro, de un disco o de un cuadro—, no eres la persona que siempre he buscado.

—Yo puedo llegar a donde sea, acabaré triunfando —protestó torpemente Antonio, cuyas dos últimas interpretaciones en teatro, que habían colaborado en un fracaso colectivo y rotundo, sin siquiera críticas, y en un estreno con 36 representaciones que pasaron desapercibidas salvo para las durísimas críticas, le habían restado vitalidad.

—No necesito eso. No te exijo el éxito.

—¿Pues qué?

—Me refiero a...

—¿A qué?

—¿Llegarías a matar por mí?

Antonio cabeceó a un lado y otro, acompañando el movimiento con una mueca de fastidio. Se le escapó otra vez su pregunta, pronunciada ahora a desgana.

—¿A quién?

—A nadie determinado. Eso es lo de menos.

—¿A un nombre de la guía telefónica? ¿Es que te has vuelto loca?

—No. Eso no tendría demasiado mérito —escuchó asombrado.

—Yo tendré un lado extravagante, Inés, pero no estoy loco.

Pero las palabras de Inés indicaban que ella no le había escuchado, o que desdeñaba su comentario:

—A alguien que tú conocieras, naturalmente. No iba a convencerme menos de eso.

—Te digo que hablemos de otra cosa o nos callemos.

—Ya lo ves.

¡Oh, Dios! ¡Otra vez aquella media sonrisa de suficiencia! ¿Por qué demonios estaría enamorado de ella? Antonio dejó su vaso de whisky en la mesa baja.

Abrió la cristalera corrediza y salió a la terraza. El aire había quedado ligero y limpio después de la lluvia de la mañana. El zumbido de voces del televisor se cruzaba en sus pensamientos. También se interfirió súbitamente aquella horrible miniatura de momia. La labor de artesanía de los famosos jíbaros. La maldita cabeza reducida que a ella se le había ocurrido traer de Venezuela. Y su imaginación sobreexcitada le hizo oír un portazo. Giró bruscamente sobre sus talones y volvió a entrar rápidamente, con los nervios como si se los hubiese raspado una navaja de afeitar.

Pero ella no se había ido. Al fin y al cabo era la casa de ella, pensó por un extraño reflejo. Al fin y al cabo ella podía salir enfadada a dar un paseo por la urbanización; la cosa no era tan grave como para que *él* fuera quien debiera irse.

Inés no se había movido. El portazo se debió dar en una casa vecina. Inés seguía sentada, aparentemente atenta al anodino programa infantil. Los dichosos dibujos animados. Los ojos de Inés se apartaron lentamente, teatralmente (pensó él) y buscaron los suyos, dirigiéndoles una mirada fría, congelada, intranquilizante. Después habló.

—Quizá debiéramos separarnos. Quizás ha llegado el momento.

—Lo haría —respondió Antonio.

La mirada de ella estudió la seriedad de su cambio.

—¿Al azar? —preguntó con un tono agradable que no había utilizado en todo el día.

—¿Al azar? —repitió Antonio, confuso.

La mirada de Inés se desplazó de nuevo, tranquilamente, hacia los dibujos de Tom y Jerry. Se oían efectos musicales de piano. Antonio estaba pendiente

de las siguientes palabras de su mujer. La demora la trastornaba. Al prolongarse, le exasperaba.

—Comprendéme; no te pido el sacrifico de nadie en particular. No tengo más motivo que comprobar si tu amor... Si eres una persona excepcional, libre de cualquier otro condicionamiento que no sean tus sentimientos hacia mí. Sólo te he sugerido la realización de esa prueba definitiva.

—¿De qué manera? —Antonio levantaba un tono la voz para que no le temblara.

—Si eliminaras, por ejemplo, a cualquiera de las personas que figuran en tu agenda de teléfonos...

—Pero... pero...

—... entonces no te abandonaría jamás. Sabría que nunca, en ningún país, en ningún ambiente, al margen de una cultura de bárbaros, iba a encontrar a nadie comparable a ti.

Por reflejo, la mirada de Antonio cruzó por la puerta del armario empotrado donde estaba guardada la cabeza trabajada por los jíbaros. El progresivo descubrimiento de las rarezas de Inés le había deprimido y desconcertado, pero no había disminuido ni su valoración ni su necesidad de ella. Ahora por aquella obsesión, él tendría que dar un salto mortal o cien pasos atrás. Aborrecía su propio pasado, una cadena de frustraciones. Lo esperaba todo del futuro y su presente era su único tesoro. Como la mayoría de los actores, pensaba que desandar lo avanzado podía suponer la parada final. Por la cabeza de Antonio pasaba una red de pensamientos y de impulsos. Se sentía en una encrucijada, mientras ella seguía hablándole, y él la seguía con esfuerzo escuchando alternativamente.

—Nunca en toda mi vida. Tanto si estoy destinada a vivir poco o demasiado.

Antonio tenía que admitir que ella era irreductible e irresistible.

* * *

Ella dijo un número al azar. El 196. Tan deprisa

como podía, dominado por la ansiedad y la aprensión, con el índice temblándole sobre las hojas del listín. Antonio empezó a contar. Pero en su agenda de bolsillo sólo había 119 nombres con los correspondientes 119 números de teléfono. Así que le fue necesario recurrir a una segunda vuelta, contando a partir del 120. El nombre que ocupaba el puesto 196 a la segunda ronda, el 77 en realidad, era el de Lourdes Alvarez Netz.

Inés encendió un cigarrillo con expresión indiferente. Apática. Pero Antonio sintió un vértigo semejante al de los peores delirios de los alcoholes. Lourdes Alvarez Netz. Lourdes.

¿Por qué habría puesto su número en la hoja de la L? Si lo hubiera apuntado en la de la A, o en la de la N, le habría tocado a otra persona. Posiblemente, probablemente a un simple conocido. El preferiría estar obligado a eliminar a cualquier otro. A Pepe Luján, que precisamente seguía en el listín a Lourdes; era el 197. Que estaría en el 196, de estar Lourdes en la N. A Lola Sánchez Mayo, que sería el 196, de estar Lourdes en la A.

Pensó que si su historia con Lourdes Alvarez Netz se había interrumpido, se había disuelto, era por culpa de él solo. Ni de Lourdes, ni de su dependencia hacia su hermano. Los actores tienen un carácter inestable. Una etapa demasiado prolongada de crisis puede acabar con cualquier otra amiga o amigo, por íntimos que fuesen, a pesar de que no veía a Lourdes desde hacía casi un año: once meses.

Pero proponer una solución distinta a Inés o intentar engañarla significaría a aquella altura de la situación de los dos perderla para siempre. Además, Antonio podía inventar alguna combinación, mentir de una forma más o menos verosímil con actos y palabras, interpretar, actuar, pero los diarios no mentirían. E Inés exigiría al menos esa prueba, la noticia en un diario, de su acción. Si le hubiera tocado a un familiar o a un hombre, resultaría posible un cambio de víctima. Con el nombre que Inés había oído de su

exclamación, Lourdes Alvarez Netz, Lourdes, era imposible. Pedir un cambio de víctima, otro número, otro sorteo, incurriría en la provocación de sus celos. Si alimentaba la incertidumbre de Inés o defraudaba sus esperanzas por medio de los celos, no volvería a verla.

¿Pero por qué? ¿Por qué precisamente Lourdes? Para Antonio la cifra y un vértigo angustioso se identificaban. ¿Por qué el maldito 196? ¿Por qué no el 8 , o el 15, el 25, el 43, el 76, el 100, el 195, el 197? Un horrible dolor de cabeza le alcanzó de golpe, como si le hubieran asestado un puñetazo con efecto retardado. Como si sintiera la peor de las jaquecas que descompone a muchas personas de sexo femenino. Se sentía rabioso, mareado hasta la náusea, desesperado. Un sabor más agrio que el de la hiel le inundaba la boca. Y además, delante de Inés, era preferible disimular su abismado estado de ánimo.

Pensó que se estaba volviendo loco. Que estaba perdiendo contacto con la realidad. Por mucho que quisiera a Inés, por mucho que dependiera su vida del aprecio, del amor de ella, por mucho magnetismo que Inés...

¡Tenía que rebelarse contra aquella absurda situación! No cometería ningún crimen. Recobraría su propia estimación, su amor propio, su personalidad. Se impondría a aquella estúpida y tiránica ocurrencia de Inés. Se impondría a Inés. Bastaba sacar de su fondo más íntimo un imprescindible poso de dignidad, los restos de su voluntad. No tenía que hacer nada. Sencillamente tenía que negarse a hacerlo. Un poco de voluntad. Dar un paso. Un paso atrás.

* * *

Anoche Inés había rehusado hablar y hacer el amor por el sencillo procedimiento de acostarse mucho antes de lo acostumbrado y dormir, o fingirse dormida, casi instantáneamente. Y después, madrugando como no solía hacerlo, salió, dejando una nota convencional.

El nerviosismo de Antonio le había ocasionado un insomnio que no cedió hasta el amanecer. Se levantó en un estado de total abatimiento.

Necesitaba mirar las fotografías de Lourdes. Rebuscó bajo la ropa en desuso, al fondo del maletero. Estuvo un tiempo incalculable con aquellas fotos ante su vista. Releyó enteras todas las cartas. Las imágenes y las palabras le hacían evocar intensamente su relación con Lourdes Alvarez Netz. De repente cayó en la cuenta de que faltaba una de las fotografías. La buscó como un desesperado en los maleteros y armarios hasta dar con ella en un sitio bien visible. En las baldas verticales del mueble tocadiscos, entre los discos de 33 r.p.m. Era muy extraño que hubiera dejado allí la foto de Lourdes en las arenas norteafricanas. Desnuda, la cara oculta tras un antifaz. Un descuido imperdonable. Aunque, por lo menos, nadie podría identificar a aquella esbelta y preciosa mujer de piel bronceada. Cientos de modelos de publicidad tienen cuerpos parecidos, tán perfectos como el de Lourdes.

Resolvió no dilatar más el someterse a aquel terrible examen. No podía sufrir por más tiempo aquella situación. Guardaba aún las llaves del piso de Lourdes.

Ocultó la foto, la bellísima foto, con las otras. Bajo el montón de ropa vieja, tras el saco blanco de marino y la bolsa de deporte, en lo más hondo del maletero. No se le iba de la cabeza la punzante idea de que la miopía aumenta la belleza, el interés, el encanto, quizás una vulnerabilidad oculta, de ciertas personas. De algunos célebres actores muertos. De Lourdes Alvarez Netz.

* * *

Hasta en el borde del abismo le restaba a Antonio un fondo de narcisismo de actor. Le disturbaba que su inminente y querida víctima, víctima del número fatal de la suerte, fuera a ser, durante unos segundos, quizá durante unos interminables minutos, testigo de

aquella decadencia transitoria en que le habían postrado la tirantez con Inés, la inestabilidad emocional, el bache de su carrera y el dormir poco y mal. Eso pensaba en el largo trayecto del autobús hacia Madrid. Inés se había llevado el coche.

Aunque hay que tener en cuenta como atenuante de sus grotescas aprensiones que su cabeza sufría un caótico desorden. Aquella sensación perturbadora se debía seguramente a que el lazo de mutua atracción física entre Lourdes y él nunca se había cortado. No se había roto por ahí la historia de ambos.

* * *

Llamó desde una cabina de la calle a Lourdes. No contestaba. Bien, subiría al piso y la esperaría dentro.

Ascendía los escalones de la vieja casa señorial con malestar. Había pensado en casi todo. Llevaba las manos a la altura de la barbilla, sosteniendo un pañuelo cerca de la nariz, para hacer un gesto de ocultación si se cruzaba con alguno de los escasos vecinos. En cada planta había una sola vivienda y la ausencia de ascensor, junto a la amplitud de los pisos antiguos, ejercía una doble selección entre los aspirantes a un domicilio tan espacioso y céntrico.

No quería que Lourdes sufriera. No podía acabar con su vida de una manera que la desfigurara, que estropeara su belleza.

Confiaba en que ella no habría descolgado de la pared la vieja bayoneta, el fósil que le regaló. Que quedó encima del gato cerval al acecho. De aquel bicho disecado y de la chimenea.

Recordó la voz suave, cantarina, espontáneamente amable, de acento muy personal, de Lourdes: *«Los gatos cervales son un poco más pequeños que los linces, pero son igual de peligrosos y dañinos».*

Estaba teniendo suerte. La escalera estaba desierta y los tabiques silenciosos. Sólo el cenicero de pie de estaño viejo, renegrido, en el rellano entre tercero y cuarto, y el baúl de brillante y horrible barniz y el

mapa enmarcado de siglos antiguos del quinto contemplaron su penosa ascensión. No sólo le hacía latir los pulmones como fuelle de fragua y el corazón como reloj de pared en la noche la fatiga lógicamente provocada por los cuantiosos escalones.

* * *

El piso estaba vacío.

Aquel piso que le traía tantos recuerdos que no volvería a repetir. La nostalgia humedeció los ojos de Antonio. El lema «Chi va piano, va sano e va lontano» en el azulejo de esmalte descolorido, desconchado. Y en aquel viejo sofá... Y en el mismo centro del parquet, sobre la alfombra de piel de oveja amarillenta... Los *collages* con dos caras de Lourdes en los cuerpos de Julieta Récamier de frente y perfil por los neoclásicos franceses en medio diván y en diván sobre recortables de soldados y sobre la foto de una cetárea repleta de bogavantes... El entrañable gato cerval, gris manchado en lunares negros, con un solo ojo de cristal y el lomo bastante lacio y despeluchado, «tan dañino como los linces»...

Saltaron sobre él. Le dieron un sobresalto de pánico. Sólo fue el patético enfermo de cabeza deforme. El ser que compartía la herencia de Lourdes. Ahora estaba completamente desatado, en crisis aguda, aunque siempre fue pacífico, y sensible e inteligente además. La hidropesía sobre los ojos horrorosamente crecida, acelerada, la hidrocefalia que había avanzado monstruosamente en los dos últimos años. ¿Qué hacía en aquel piso Alfonso Alvarez Netz? ¿No vivía atendido, refugiado, escondido en un carísimo sanatorio de la sierra? Atrapó a Antonio, mientras rugía y gruñía como si quisiera rebelarse de la cadena irrompible, del tumor que le despedazaba la frente hacia fuera, contra los mismos cielos.

Pero lo que estaba haciendo encarnizadamente era estrangular a Antonio con una energía insospechable, con unas fuerzas descomunales. Aunque su cuerpo

pesase sólo cuatro veces más que su cabeza aproximadamente.

La espalda de Antonio, arrollado, tropezó contra el duro anaquel de la chimenea. Su garganta se debatía por respirar pese a la presa de los dedos de acero. El gato cerval disecado cayó al suelo sin estrépito, golpeado casualmente por un brazo del actor.

Ahora tenía Antonio la piel de la cara tan oscuramente amoratada como Alfonso Alvarez Netz. Resbalaba sobre las ropas del actor, prendido en repugnante abrazo, la pegajosa baba del enfermo furioso.

Tanteando en la superficie de la pared, los dedos de la derecha del visitante temblaron sobre el delgado metal. Intentaban desclavar el acero. La sangre concentrada en la cabeza pujaba por estallar el tumor del monstruo.

A través del pijama de seda, la bayoneta entró sin dificultad. Entre las costillas, bajo el corazón, liberando la tensión arterial del infeliz. Una, dos, tres veces. Mientras disminuía la presión de sus dedos, el hidrocéfalo boqueaba baba, ahora más viscosa, pigmentada de sangre. Tosió y un tibio cuajarón salpicó la mano con la que Antonio le rechazaba.

Aquel ser, de una fealdad amedrentadora, que provocaba náuseas, insufrible para la vista, inclinó la pesada cabeza sobre el pecho, como un muñeco de trapo con el cuello descosido. Sin que Antonio tuviera que clavarle ya el arma legendaria, se derrumbó. Al desplomarse, se aplastó blandamente contra el parquet la carne tumefacta de su frente.

En movimiento inconsciente, instintivo, poniendo cierta distancia entre el horrendo moribundo y él mismo, Antonio retrocedió dos pasos. Y entonces, sintiendo sincrónicamente un estampido y un terrible golpe en la espalda, cayó hacia adelante.

Inmediatamente escuchó otros dos disparos que no le alcanzaron. Como si la persona que entró con un arma de fuego no apuntase. Como si quisiese balear, sin tino ni certería, las paredes del hall. Como si no

necesitara perforarle de nuevo. Pero otro disparo le cruzó un riñón.

Su cuerpo malherido estaba encima del tórax de Alfonso Alvarez Netz. Sus ojos quedaban a la altura de la boca abierta del cadáver, cerca de la reventada masa de carne blanda y morada, a unos veinte centímetros de aquel tumor abierto del que escapaba una sangre negruzca.

Antonio intentó sin éxito arrastrarse a un lado. Le habían dado en la columna y el cuerpo no le respondía. Sentía manar sin pausa su propia sangre, sobre todo por la cadera. Veía turbiamente tablas de madera recién lijada, claras. Y los mocasines encarnados y los calcetines de lana celeste y la doblez de la larga gabardina guardapolvos que tapaba las piernas de Lourdes.

Antes de expirar tuvo un horrible sueño. Soñó que Lourdes e Inés, desnudas, estaban en la cama. En la del piso de Inés; en la de aquel piso. Y escuchaban «Dame una oportunidad» de Eddie Cochran. Y se decían «Ahora ya nada se interpone entre nosotras». «Como yo te había dicho». Y comentaban «Recuerdo a Antonio con mucha ternura; era muy simpático». Y la última preguntaba a la rubia «¿Cómo es que perdió la razón Alfonso, que era tan inteligente?». Y su delirio aumentó mientras se entornaba lentamente, muy lentamente, involuntariamente, inexorablemente, su mirada vidriosa.

Y en su última fracción de desesperación y lucidez, libre de engaños y desvaríos, pensó sin humor que son más fiables los sueños sobre el pasado que los sueños sobre el futuro. Y no maldijo mentalmente el azar porque decidió que el azar no existe.

La negrura. Ya él, tampoco. Ya ha adquirido el estado puro, el verdadero significado, el único sentido, de la calma filosófica.

El otro





El otro

Fernando Martín Iniesta

Se sabía el único testigo de los crímenes que habían sumido a la ciudad en una profunda psicosis de terror. Pero, ¿se atrevería a delatar al asesino y enfrentarse a su venganza...?



Lo que más odio de él es cuando pierde su forma humana y se convierte en una sombra que nace de mis pies y repta por el pavimento; una sombra uniforme, larga, afilada y difusa, o una sombra gruesa, apelmazada, grotesca y vacilante que se desplaza de un costado a otro lentamente. Esta sombra es cambiante según el lugar por donde vaya. En los parques públicos, entre los árboles, cuando el sol cae a plomo, su color es gris pálido y parece imaterial; en las aceras de las calles es más parda, huidiza, vacilante y camina herida sobre mis pasos; en el pasillo de casa, es siempre negra, terrible, amenazadora; en la oficina se oculta bajo la mesa del escritorio y permanece temerosa de que alguien, alguien naturalmente que no sea yo, la descubra. Pero hay un lugar donde se convierte en terrorífica: en el ascensor, porque, entonces, permanece quieta, al acecho, y, si se pone la debida atención, se la oye incluso respirar.

La otra cosa que no puedo evitar que me obsesione es su rostro. Se me coloca delante cada vez que me miro en el espejo. Es un rostro que, a simple vista, parece impersonal; ninguno de sus rasgos, por sí so-

los, podrían definirlo, acaso, los ojos, azules, que, sin las gafas, dan la sensación de estar muertos, de haber perdido el brillo, o quizá, de brillar excesivamente sin que las pupilas reflejen ninguna emoción: sólo una vaga sensación de cansancio o una especie de indiferencia engañosa. Tanto he llegado a odiar este rostro que, por no verlo, porque no se me aparezca, y ante la certeza de que siempre estará allí, no me miro en el espejo, lo que me produce una relativa paz. No fue fácil tomar esta decisión ya que, renunciar a verse uno por no ver al Otro, tiene sus inconvenientes: poco a poco, se pierde la imagen que uno tiene de sí, y, esto, a la larga, puede llevarnos a creer que somos El Otro, o que El Otro nos está suplantado, aparte, naturalmente, de esas otras desventajas mínimas como tener que aprender a afeitarse a ciegas y descubrir, sólo por el tacto, donde hemos dejado sin rasurar fragmentos de barba. Pero esto, a la larga, es siempre una ventaja: se descubre que el tacto es mucho más sutil que la vista, y es capaz de apreciar y descubrir sensaciones que jamás podían rebelarse a los ojos.

Estos ejercicios que yo llamo de «tacto» han sido, para mí, lucidamente reveladores: me han llevado a deducir dónde acabo yo y dónde empieza el Otro. Cuando, por ejemplo, coloco las palmas de las manos en la superficie de un cristal, noto cómo la sensación de frío me despierta, me hace sentirme vivo, y, esta sensación, es «mía», sólo mía, nunca será del Otro; al coger una taza caliente de café, sé que ese calor sólo me pertence a mí, nunca al Otro; cuando, en el baño, se me escapa de entre los dedos la pastilla de jabón, como un reptil vivo, la sensación de placer que siento, sé que es sólo mía, que nunca será del Otro. Esta sensación, a veces, es peligrosa, ya que me recuerda la piel de ella, y... (No quiero ni recordar ni hablar de eso.) Pero sólo dudo unos segundo ya que, a base de forzados ejercicios mentales, he logrado llegar a la certeza de que todo aquello pertenece al Otro, y que yo, solamente, he sido un mero espectador de excepción.

Otra de las cosas que enerva mi odio hacia él es el sonido de sus pasos. Nunca logro saber, pese a que ya debiera estar acostumbrado, dónde van a sonar y con qué clase de sonido. Unas veces, mientras camino por un suelo de gravilla, al cabo de un buen rato, comienzan a sonar: es un clic-clic que va creciendo en intensidad; en otras ocasiones, mientras paseo por las losas de las aceras, el sonido es muy parecido a un silbido, que fuese creciendo y creciendo; en el brillante y encerrado pavimento de la oficina o del hall de la casa, sus pasos resuenan como un cloc-cloc, rítmico, que fuese creciendo. Lo desconcertante de estos sonidos es que nunca se repiten de una manera periódica: hay días, semanas, meses, que resuenan a todas horas y en todos los lugares, y, en otras ocasiones, desaparecen por un largo espacio de tiempo.. Estas desapariciones suelen coincidir con un aumento de la presencia de su sombra.

Otro aspecto, y para mí insólito de su presencia, es el encuentro en los bolsillos de mis ropas de una serie de objetos que no me pertenecen y que no puedo recordar que nunca me hayan pertenecido: una pipa inglesa de brezo, un mondadientes, una hoja de papel con una dirección, unos incongruentes y desconcertantes medicamentos... Objetos con los que nunca tuve la más pequeña relación y con los que —¡estoy seguro!— se me pretende reafirmar su presencia. Sobre todo, la navaja, de hoja larga, curva y punta fina, que aparece en los momentos más insospechados, en diferentes bolsillos. Yo nunca he tenido una navaja, y, desde luego, si hubiese pensado comprar una, estoy seguro, jamás hubiera sido de esas características. Es una navaja repugnante, uno de esos instrumentos que parecen haberse fabricado con una finalidad solamente...

He hablado del tacto, y no lo he hecho de sus manos. Las conozco perfectamente. Las veo siempre que sucede aquello, y, cualquier persona normal no podría olvidarlas, mucho menos yo que por más que lo intente las tengo fijadas en mi mente. Son unas ma-

nos rugosas, finas, de dedos largos y afilados, de uñas cuidadas y recortadas con esmero y paciencia, casi con mimo. Manos que se deslizan por el aire como si fueran aves. Manos ágiles que conocen su misión y la cumplen con fatalismo y con arrogancia, como si estuvieran orgullosas de aquello para lo que parecen haber sido creadas.

Siempre he admirado estas manos, aun sabiendo lo que tienen de horribles. Me seduce aquello que sé que tienen de monstruosas. Me obsesionan y lo confieso. Mientras su sombra, su rostro, el sonido de sus pasos y los objetos que aparecen en mis ropas, me torturan, sus manos ejercen sobre mí la terrible fascinación que dicen tener las supuestas víctimas. Es como una complicidad que no puedo eludir. Nunca las he tenido que tocar. Pero sé que son frías, de hielo, implacables. Lo sé porque, a veces, me parece que brillan como si fuesen de acero; un brillo que no procede de la luz sino de la oscuridad: el brillo terrible de lo horroroso.

No sabría decir si estas manos están ligadas a ningún cuerpo. Siempre las he visto y sentido como naciendo de la oscuridad, desgajadas, volátiles y con un destino concreto, como si el único punto de unión con algo vivo no estuviera de donde proceden, sino hacia donde se dirigen...

Ignoro cuánto tiempo durará este acoso que tengo de El Otro. Pero sí puedo precisar, con toda claridad, cuando nació: fue hace un par de años. Como todas las mañanas, salía de casa para ir a la oficina y, en el quiosco de la esquina, compré el periódico. Mientras aguardaba el autobús eché una ojeada a los titulares: en la primera página venía la fotografía del cuerpo de una mujer, brutalmente asesinado a navajazos. Todavía recuerdo el horror que me produjo la noticia y la repugnancia que sentí en el estómago, una repugnancia que casi me hizo vomitar, lo que me obligó a cerrar convulsivamente el diario. Hice un gran esfuerzo para desterrar las imágenes, sin conseguirlo. Cuando llegó el autobús, al avanzar la cola, oí, por primera

vez, el sonido de sus pasos. Durante el trayecto, al más insignificante movimiento que hacía para cambiar de posición, aquel sonido, pegajoso, inquietante, me cercaba. Al llegar a mi parada, en el breve trayecto de apenas un centenar de metros que tuve que recorrer para llegar a la oficina, los pasos me fueron siguiendo. Al pisar la mullida alfombra del hall, los pasos se amortiguaron hasta desaparecer. Cuando tomé el ascensor que, por haber llegado con cierta anticipación, estaba vacío, surgió, desconcertante, quieta y amenazadora, su sombra.

Me senté en la mesa de trabajo, frente a la máquina de escribir y al pulsar las primeras teclas, sobre el blanco papel, en vez de letras sucesivas, surgieron imágenes. Imágenes inconcretas, borrosas, deformes en principio que, poco a poco, se fueron concretando en figuras y hechos, cobrando movimientos y sonidos. Movimientos como recogidos por una cámara lentamente, súbitamente, que se fueron acelerando; sonidos balbuceantes, inconcretos que acabaron en un grito espeluznante de terror, mientras las imágenes se detenían dejando precisar, sobre una acera, el cuerpo caído de una mujer, con la garganta segada por un navajazo y un creciente charco de sangre que se extendía, más y más, cada vez más, sobre el pavimento...

Soy el único testigo, la única persona que le ha sido posible presenciar unos hechos acusadores, por lo que, desde entonces, El Otro, el asesino, me acosa y me vigila constantemente. No. No ha sido necesario que me hable, que me advierta de lo que haría conmigo si lo delato. No ha sido necesario porque yo lo comprendo. Y lo temo. De esta extraña y terrible situación ha nacido como un pacto de silencio que estoy obligado a respetar, como si se tratase de algo de lo que fuese cómplice. Pero yo sé —lo sé muy bien— que sólo soy testigo, nunca parte, que nada debo temer, siempre que acepte callar.

Dije antes que El Otro desaparece durante algún tiempo de mi lado. Cuando esto acontece, vivo tran-

quilo y en paz. La noticia de su regreso la siento como una llamada que me lleva, impacientemente, hasta el quiosco de los periódicos. Antes de llegar, oígo la voz del vendedor anunciando «otro horroroso crimen del asesino de la navaja». Cuando me acerco en busca del diario, el vendedor siempre me lo entrega doblado, ya que, en la segunda o tercera vez que esto sucedió, al ver la palidez de mi rostro, el hombre me dijo: «No lo lea. Si puede, no lo lea. En esta ocasión la víctima, ha sido horriblemente mutilada». El hombre, que conoce su oficio, por una parte emplea cualquier método para vender ejemplares, por otra, cuando está seguro que ya tiene un cliente, evita todo aquello que pueda herirle.

¿Cuántas veces me he visto acosado por El Otro? Ya, ni puedo precisarlo. Pero han sido tantas que toda la policía del Distrito está desconcertada y hasta en el Parlamento se ha hablado de su ineficacia. Una psicosis de terror se ha apoderado de la ciudad; los dueños de bares y de pubs afirman que, después del anochecer, ha decrecido de forma alarmante el número de clientes; los espectáculos nocturnos notan, también, de una forma fehaciente, la escasez de público; desde los periódicos, la radio y la televisión se hacen llamadas públicas para la «colaboración ciudadana»; se ha ofrecido una fuerte suma de dinero a quien facilite alguna pista para detener al «asesino de la navaja».

A veces, siento la tentación de delatarlo, yo que soy el único que ha podido presenciar todos sus crímenes y puedo facilitar pistas insospechadas para su detención. En varias ocasiones, he llegado hasta la puerta de la Comisaría con este propósito, sin atreverme a entrar, en un último momento. Una vez, el policía que está vigilando en la entrada, me dijo: «¿Qué hace aquí? Está prohibido detenerse. Siga su camino». Quise hablar, pero no pude. Rápidamente, seguido por el sonido de «sus» pasos, y mientras «su» sombra se dividía en cuatro figuras informes, me marché a casa. Al entrar en el cuarto de baño con

la necesidad imperiosa de lavarme las manos, que sentía sudorosas y ardientes, después de abrir el grifo, al contemplarme en el espejo, volví a hallar su rostro y comprendí que nunca sería capaz de delatarlo, aunque he pensado centenares de veces lo que haría con aquel dinero de la recompensa: marcharme en busca del sol, del calor, de un paisaje con palmeras gigantes, a un pueblecito tranquilo, junto al mar por el resto de mi vida, ya que sé —¡estoy seguro!— que en un lugar luminoso y brillante él no podría seguirme; el sonido de sus pasos, la deforme monstruosidad de su sombra, la frialdad de sus manos y la hierática expresión de su rostro, desaparecerían. ¡Desaparecerían para siempre!

* * *

Si me atreviese, si fuera capaz de llegar hasta la Comisaría y delatarlo, dejaría de acosarme. Su presencia es cada vez más costante y amenazadora. El cerco que ha puesto en torno mío es asfixiante. Me despierta por las noches y deja colgando su sombra frente a mí. Sus pasos retumban, cada vez más intensos, en torno mío. Su rostro se me aparece en cualquier cristal, en el suelo brillante, en un charco de agua, aunque esté turbia.

¡Es una lucha feroz a muerte, la que comenzamos a entablar!

El, El Otro, o Yo.

Hay que decidirse.

* * *

Lo he confesado todo, he dicho todo lo que sé y creen que yo soy El Otro, están empeñados, porque han encontrado la navaja en mi bolsillo.

No haré nada por convencerles.

¡Al fin me veré libre de su presencia! Pero ahora todo el mundo aquí me mira con odio, me amenaza, me aborrece y no sé cuantas cosas quieren hacer conmigo...



El ojo de la noche



El ojo de la noche

Jesús María Zuloaga Zuloaga

El vaticinio de la bruja se hizo realidad en la oscuridad del túnel, estallando en una interminable y pavorosa sucesión de horrores, de sucesos inexplicables, de hechos espantosos...

En memoria de Ignacio Aldecoa, dentro de su narración ferroviaria: «Santa Olaja de Acero».



LA locomotora «Pico del Lobo» (1903.—B. Wilcocks. Bilbao) entraba como todos los días en la boca del túnel Roca Turbión. A bordo el maquinista Dog y el fogonero Till. Detrás, las unidades. En el furgón de cola, James dormía como de costumbre también: con el ojo derecho enteramente cerrado y el otro desencajado de puro abierto. ¿De nacimiento? No. «Madrenegra» echó la maldición a la madre del ferroviario, de forma lapidaria: «a partir de los siete años dormirá con el ojo izquierdo, para ver durante el sueño acontecimientos futuros que sólo anunciará en las vísperas de muertes repentinas colectivas».

Observemos; ya sólo quedan por entrar el vagón-comedor y el de cola ya mencionado. Bien. Ya mencionado; pero no así, en su circunstancia presente: James, grita, patea, asoma la cabeza y mira para delante. Es inútil. Tampoco le asiste el recurso del freno accionado a mano. ¡Dog!... ¡Till!... ¡Locomotora hispana de mierda!... ¿Cómo se llama?... ¡Ah, sí!... ¡¡«Pico del Lobo»!!, escucha, ten caridad... alguien sumado hasta muchos va a morir... James se conoce el túnel como el pasillo de su casa. ¡También

eso, Dios!... A la hora que era, no habría nadie en los «salvacuerpos»... Calma, James... no seas histérico... cuando pase el túnel, trepas al techo y gateas hasta la máquina... Eso... ¿Seguro, James?... No, no... de seguro, ¡nada!... Ha helado, James. O, ¿lo habías olvidado?... ¿Tienes tú uñas como los gatos o manos de pulpo con ventosas para no escurrirte y caer hecho miseria de muerte, roto entre la piedra-pirita y los zarzales próximos?... Espera, James, el túnel acabará pronto... acabará pronto... acabará... pronto... Las dos palabras, al ritmo de la medida de los railes (tac-tac... tac-tac... tac-tac) iban sonando a otra cosa: algo así como «mo-ri-rás... pron-to»... ¿Lo oyes, James?... «mo-ri-rás... pron-to»... James trató de inventar una defensa, aunque fuera a la desesperada. Se abalanzó hacia la puerta corrediza y tiró con toda su alma. El hielo, desde fuera, se reía de él. Con el puño de la humedad, cerrado sobre las juntas metálicas, por el bajo cero, convertía en hermético, el vagón-tumba.

El tuerto nocturno, no se lo pensó dos veces: «¡Eso sí que no!» aulló y amontonó ropas, paja, papeles cerca de las puertas malditamente paralizadas. «No, tampoco moriré por asfixia»... y abrió la ventanilla alta, defendida con barrotes oxidados... ¿Por qué se le venía a la memoria aquello de que los náufragos que se van para el fondo, recuerdan con cruel precisión los años de la niñez?... «Madrenegra» vivía en la última calle, cuesta arriba, en el confín del suburbio, en el barro sucio, donde las nubes finales de toda tormenta, dejaban cendales tercos que eran como encaje siniestro en torno a su cara de higo paso. «Madrenegra» daba a James caramelos de anís. «Hijo, dime: ¿sueñas ya?» James no sabía qué contestar: «Madre... a lo mejor sí; pero no me doy cuenta». «Ya soñarás, hijo... todo llegará»... Una vez, los niños de los hotelillos de abajo, de más rango, corrieron tras él, hasta que la alta figura de la bruja les detuvo: «Pasa, James... hjo mío; ellos son malos... esta noche no dormirán o creerán que los insectos del campo, enloquecidos, invaden sus camas».

Otra ocasión fue aún más señalada: «Lo recuerdo. Era el hijo del molinero. Moría de mal desconocido. Su padre no osó llamar a «Madrenegra» y, por consejo de su mujer, me tomó a mí como si fuera «reliquia» y de ella. Dispusieron una camita cerca de la del moribundo. Toda la noche me tuvieron la mano izquierda atada a la frente del chico. Me colocaron de forma que mi ojo abierto «mirara» mientras dormía al otro. Sanó. Tardó quince días; pero cuando me saludó en la calle con la gorra, gritando: «Gracias, James... no me gustó». Ahora, ¡maldita sea!, soy ratón sin derecho a salir, condenado a la impotencia. Y, ¡debo poder, porque sé que van a morir muchos!... ¡¡Dog... Till!!... «Pico del Lobo... de loro... del diablo... «Madrenegra»... ¿no podéis oírme?»

El convoy entrechocó un instante su articulado esqueleto. James se quedó de puntillas esperando algo. Pero...

Roca Turbión medía cinco kilómetros. Ni uno más, ni uno menos.

Dog, despertó de una prohibida cabezada de sueño.

—Till... ¿aún no hemos salido?

—Míralo tú...

Dog veía la noche. La helada solía jugar esta clase de «bromas» cuando de verdad trincaba el paisaje todo.

Dog no dudó...

—Estamos ya fuera...

Till se incorporó. Era su turno de guardia.

Dog dejó caer el sueño sobre los sacos de lana y fue ovillo con las mantas. Ni se quitó las botas.

—Till, dame también la pelliza... para los pies.

La vieja «Pico del Lobo», ganga de una subasta de material sobrante de la última guerra, resoplaba. A Till, aquel sonido no le parecía abierto, como de eco lejano, a paisaje llano... Totalmente podría asegurarse que estaban aún dentro de las tripas de Roca Turbión. Miró con atención a uno y otro lado... A ver: los postes, el reflejo del chorro blanco de vapor ra-

sante, los árboles próximos... Sí, más... el eco venía de muy cerca... Miró esta vez hacia atrás y la visión no le dejó dudar. Las luces, algunas, pocas, de las ventanillas de los vagones de viajeros, brincaban sobre el paisaje de arbustos y de pradera repentina... como siempre... También al final, el farolillo rojo del vagón en donde roncaría sus iluminados sueños el chiflado James... Aunque el eco era muy, muy próximo... tan cerca, tan cerca que casi sentía Till deseo de estirar el brazo, para intentar verificar con el tacto lo que el oído le negaba como real y verdadero... Optó por apoyar el codo izquierdo en la barandilla del maquinista y mirando sin ver, con los ojos abiertos en filo, protegidos por las pestañas, adivinaba la negrura que el macilento farol mayor oscilante trataba de vencer sin éxito. Sólo una decena de metros eran suyos. El resto, de la noche. Sí, el paisaje estaba allí leal a la cita de aquella hora. Tan cierto como que el sonido era de bóveda. Más claro, ¡agua!... Se decía: «pero, Till, ¿cuánto tiempo suele tardar la vieja «Pico del Lobo» en cruzar la recta del túnel? Pues calcula. Estás ya a más de diez kilómetros de la boca de salida.

¡Tac-tac!... ¡tac-tac!... ¡tac-tac!...

Miró con envidia para donde Dog era descanso y serenidad junto al calor del fogón.

Inadvertidamente fue penetrando la marcha en un creciente silencio. Till, envuelto en un ensueño despierto, no se sorprendió. Quienes tienen por compañía habitual el ruido, mucho más si este es regular, rítmico, saben que el silencio es compatible con el más atronador de los conciertos desconcertados, ¿me explico o no?...

Mas, sin embargo, no obstante... el silencio también era próximo, sonaba a quietud de habitación pequeña.

La mirada se le iba quedando absorta en la imagen fugaz que iba quedándose atrás... atrás... atrás... atrás... quedando... ando...

Y despacio, como si fuera por encima de larga alfombra de pasillo, un gato de color verde metálico

comenzó a subir desde el suelo y como si existiera un arco por donde ir con facilidad, el felino discurría sin dejar de mirarle, con ojos más verdes aún...

¡Según aquella estática-dinámica visión, la locomotora estaría quieta!

Ilusión. A uno y otro lado del supuesto arco, el paisaje continuaba fielmente su viaje de huida, con los postes y los árboles... La visión, ¡era verdad!, no aparecía perfecta, pero sí cierta... Y... ¡Dios del humo!... tras el gato, una procesión de luminosas lombrices que parecían de seda...

Till temblaba...

Requirió el botijo y se duchó los ojos con el chorrillo fresco...

Todo seguía igual.

A la derecha, el gato miraba fijamente.

Arriba, despacio... la procesión luminosa...

Por fin, extendió el brazo, sacó medio cuerpo fuera y... algo frío, escamoso se deshizo en su mano...

«¡¡Aquello, por mi madre, por mis hijos, estaba quieto, bueno, había estado quieto... porque no seré yo quien vuelva a intentarlo!!»

Seca la garganta, carraspepó hasta hacerse sangre en las cuerdas vocales:

—Doggggg... ¡Dogggg!... ¡¡Dogggg!!... Doooooog... Doogg... —llamó al dormido.

Un juramento:

—¿Qué te pasa?... —e incorporándose—: ¿Hemos pinchado?...

—Dog, Dog, Dog...

—¡Ya está bien!...

—Dog...

—Habla o muérete...

—Mira para arriba Dog, mira para arriba... las lombrices, y a la derecha el gato... Estamos parados, dentro de Roca Turbión todavía... pero el paisaje pasa, se va... Dog, haz algo...

El maquinista, con parsimonia, como hombre avezado a todo lo que la oscuridad puede acarrear en el

personal «quemado» por el trasnoche, se lavó una pizca con el agua del botijo y se dispuso a actuar.

—¡Pulgas!... Son verdad (esto respecto a las lombrices)... Y a ese —miraba al gato— le espabilo yo de golpe... Venga, Till, una palada de ascuas...

El fogonero, lloraba...

—Dog, no hagas eso... ¿sabes tú qué puede venir detrás de tal brutalidad?

Dog no quería perder el tiempo.

—Dame la pala...

Recogió del fogón ardiente un puñado crepidante de carbones encendidos y los tiró hacia donde el gato estaba...

Pala, persona y persona; es decir, instrumento, Dog y Till recularon.

Los carbones encendidos descubrieron una grieta en el paisaje que, a pesar de ello, seguía pasando hacia atrás. Y de entre la grieta brotaron seres normales que gemían su dolor, se compadecían por sus heridas y maldecían. Uno llevaba una maleta sobre la cabeza; otros dos, una colgada de cada brazo... Una mujer, con niño en el regazo tropezaba y se levantaba... todo esto, dentro de la grieta, mientras los postes, los arbustos, praderas repentinas pasaban...

—¿Lo ves, Dog?

—¿Qué es lo que quieres que vea, imbécil?

—Eso... los hombres, las mujeres, el niño, el gato, las lombrices... ¡están parados!...

—Empero el paisaje sigue...

—Tócalo si eres hombre.

Blasfemó en galés el maquinista.

Y tocó...

No hay otra mejor comparación. Tal como ocurre cuando usted pone la mano en el lomo del agua de una cascada... así aconteció. La corriente continuó, pero hubo la leve interrupción del momento preciso del contacto.

—Mírate la mano, Dog...

—¡Carbones!... Es hielo...

Sí, escamas informes, como peinetas mordidas en

sus dientes, las escamas grandes de hielo se derretían en la mano de Dog.

—Toca otra vez, Dog...

—Tu madre...

—¿Tienes miedo, verdad?... Dímelo... Yo tiemblo.

Dog, enloquecido... la pala en sus manos trémulas, fue vaciando el fogón esparciendo enloquecidamente los carbones encendidos por todas partes. El resultado fue idéntico...

Seres vivos, más el cortejo de gatos, lombrices y también murciélagos morados, salían por las grietas, mientras el paisaje, en la parte que el fuego no había atacado, corría, corría...

Y todo ello en el más penetrante de los silencios. Sin un ay.

Por ello, cuando desde el furgón de cola llegó el grito roto de James que pedía auxilio, citando sus nombres, Dog hizo ademán de bajar a la vía. Till le detuvo...

—Te matarás... Estamos en marcha...

Dog fue consecuente...

Miró las ruedas y la palanca. Giraban, se movían.

Miró al paisaje... igual...

Pero, lentamente, fue agachándose hasta tocar el suelo.

Y...

¡¡Estaban parados!!

Con la mano derecha, invitó a Till:

—Vamos, ven comigo... James nos llama.

—No, Dog, no... me mataré.

Pero ya el maquinista estaba en el suelo.

Era como un aparecido.

A su espalda los árboles, las praderas repentinas, iban hacia atrás. En las grietas, gemían las criaturas liberadas por el fuego.

—Salta, vamos...

Till, cerró los ojos.

Y se vieron andando dentro de aquel fantástico tubo de ilusiones reales.

Till iba a tender su brazo derecho. Dog, le detuvo:

—No lo hagas. En la medida de la locomotora sabemos lo que hay... Esto es distinto...

Con los ojos cerrados casi... corrieron hacia la cola del convoy.

Pero tardaron.

Muchas veces creyeron estar en un infierno bullente, florecido de manos que pedían auxilio. Sólo manos.

Algunas llegaban hasta sus ropas.

—Muérdelas, Till... No dejes que te detengan.

Y el mordisco era sobre algo distinto a la carne... tal vez gelatina congelada...

Ya en el vagón de James, el hielo les negó la entrada.

Pero pudieron gritar:

—James... James... ¡¡James!!

Un sordo murmullo doliente.

—James... James... ¡¡James!!

Un suspiro largo, como de mudo que va a romper a hablar.

Dog, con imperativo gesto ordenó a Till.

—Ve y trae una paletada de carbón encendido...

—¿Sólo yo?

—Sólo tú, maldito... o iré yo después de dejarte quí tieso...

Dog siguió intentando el diálogo...

Sí, ya hablaba James:

—Dog: «Madrenegra» tenía razón... He soñado con el ojo bien abierto. Van a morir muchos.

—Esos muchos más también están en los vagones...

—Dog... dime, el tren ¿anda?

—Sí y no.

—¿Sí o no?

—No... pero las ruedas de la máquina y las vielas son puro ímpetu.

—Pero estamos quietos.

—Sí.

—Mas, aquí dentro, todo se mueve como si anduviéramos...

—No te fatigues, James. Pronto llegará Till y te sacaremos de ahí.

—No llegará a tiempo... Lo sé...

—James...

—«Madrenegra» me decía... morirás de forma que nadie sabrá como... pero será tal como soñaras la primera vez...

—Y, ¿qué soñaste entonces?

—Era un tubo... Todo reventaba en luces rojas... rojas por el teñido previo de la sangre.

Llegaba ya Till.

—James... ya está aquí Till.

—No importa... «Madrenegra» me dijo que había que rezar...

—«Madrenegra» tu «Madrenegra» era bruja... ¿cómo iba a querer rezar?

—Lo dijo...

Los carbones encendidos vencían al hielo.

—Ya es nuestro...

—James... ¡James!...

Pero algo rugiente entró de golpe en el recinto quieto y moviente, en el solar de los gatos, las lombrices, los murciélagos y los viajeros dolientes.

Era el expreso que siempre seguía la huella del tren que «Pico del Lobo» arrastraba...

Murieron todos... menos James.

Cuando quisieron saber de él acerca de lo ocurrido, nadie prestó atención a su testimonio:

—La luz —decía— obedece a «Madrenegra». Así, con el reflejo que en el desierto inventa oasis, trajo todo lo de fuera al interior del túnel, en donde estuvimos más' de dos horas...

—Y, ¿qué más, James?

—Nada... A lo mejor mañana sueño con que tú mueres en forma de carbón encendido dentro del hogar de «Pico del Lobo».

Le pegaron. Le patearon y escupieron.

James, llorando... corrió hacia el confín del barro, donde «Madrenegra» vivía.

Una vieja le cogió de la manga.

—Murió ayer.

—No...

—Y dijo: cuando venga James que le digan... «Al sueño número trece, morirás de forma dulce y apacible».

—Pero moriré...

—Sí... eso dijo...

Desde entonces... todos los días con sus noches, James vaga por la ciudad para evitar caer en los premonitores brazos del sueño.

Al cabo de un mes, apareció (un ojo sí el otro no) en la boca del túnel Roca Turbión.

Tenía la cabeza sobre el rail.

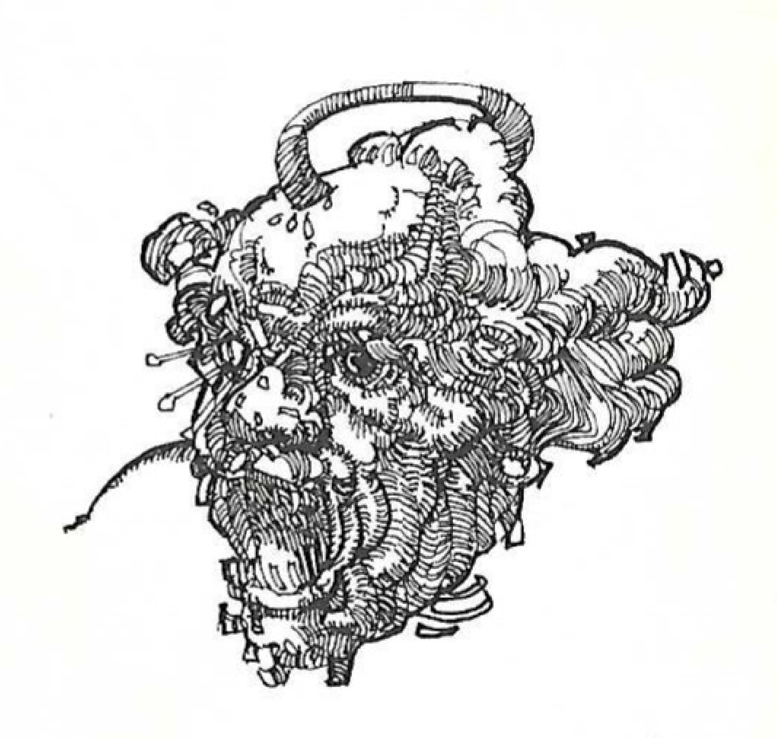
Intentaron despertarle.

Fue imposible.

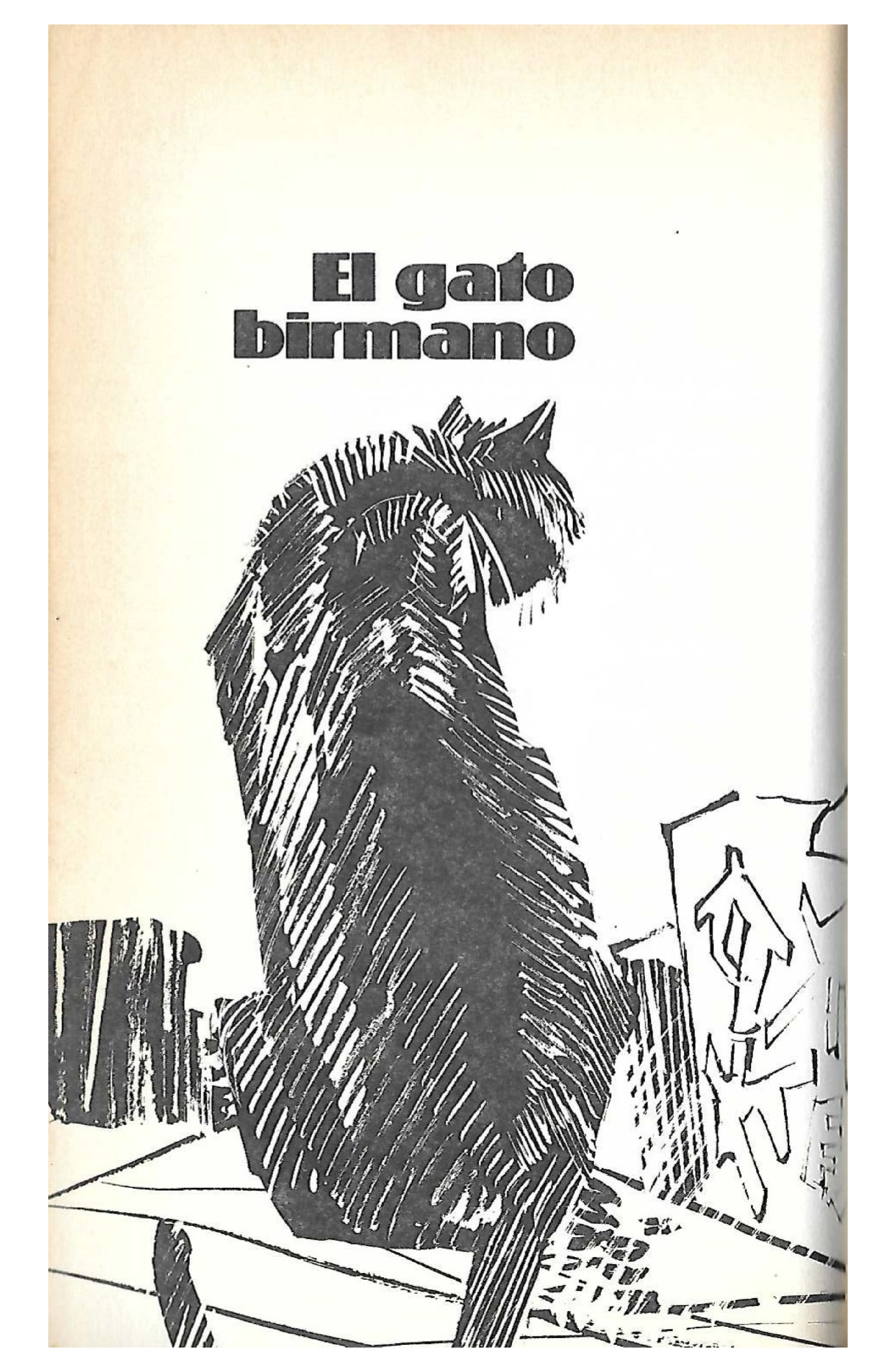
Intentaron levantarle.

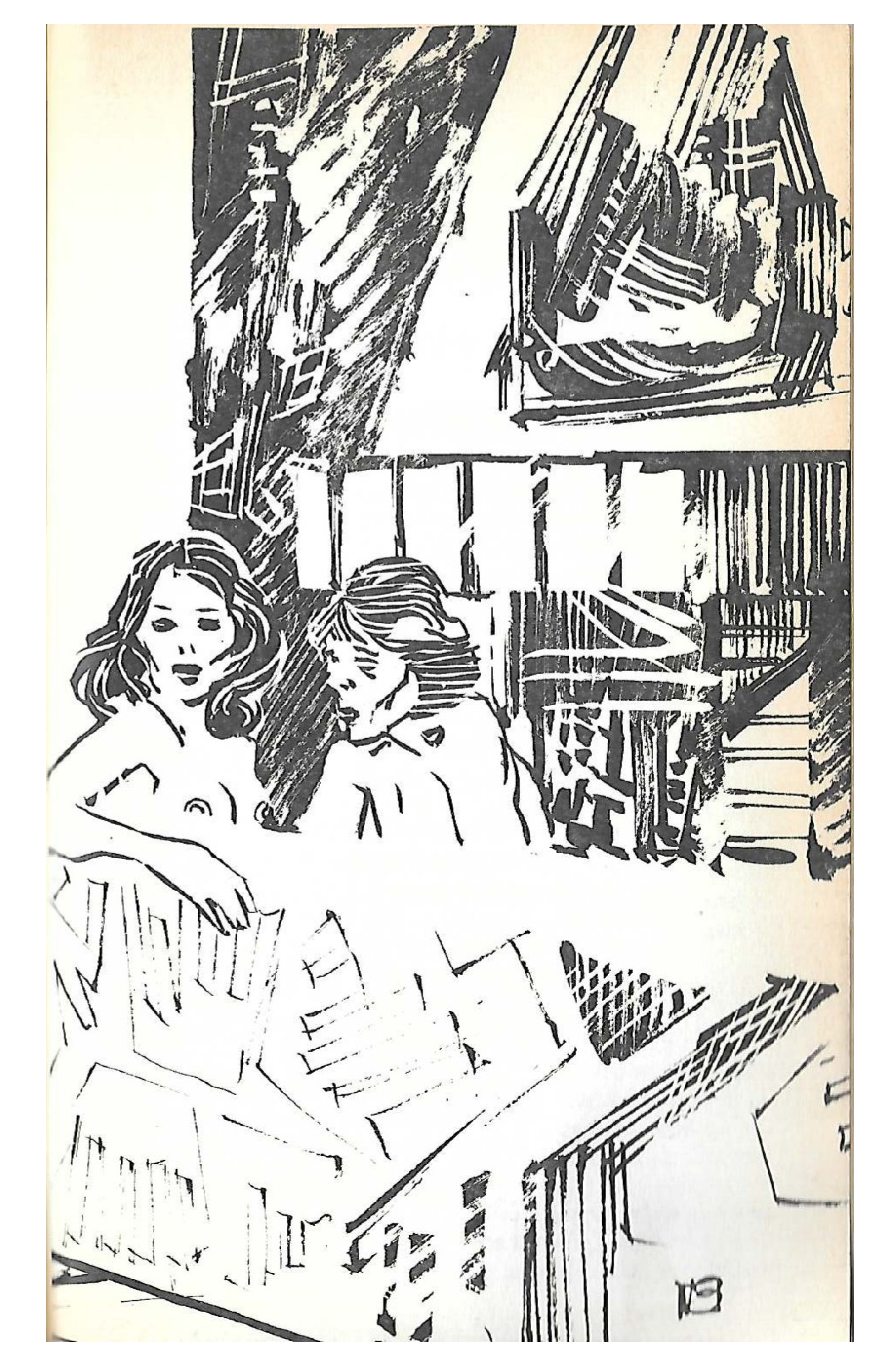
Ocurrió otro tanto.

Y, por el descuido, llegó otro tren y acabó con todos.



El gato birmano





El gato birmano

Carmen Morales

Aquel bello ejemplar de gato ejercía un extraño dominio sobre ella. La acosaba constantemente, vigilaba todos y cada uno de sus movimientos...



UN gato birmano no es cualquier cosa. Si un azar inevitable deposita alguno en sus manos, o bien pasea ya por su salón, tenga cuidado. No le regatee mimos ni halagos y procure recrear en sus estancias la misma atmósfera de quietud y sosiego que se respira en un templo budista. El es un verdadero aristócrata, celoso guardián de sus tradiciones, y su remota procedencia justificaría muchos extraños sucesos en los que usted se habrá visto envuelto sin encontrar para ellos ninguna explicación razonable. No se enfrente *nunca* a sus ojos acerados y procure que su muerte, cuando llegue, sea natural.

* * *

Yo los odio, pero espero que usted sepa guardarme el secreto. A cambio yo le contaré lo que sé sobre una antigua leyenda acerca de los orígenes del gato birmano o gato sagrado de Birmania:

Antes del nacimiento de Buda, en Camboya, vivió una comunidad de monjes, los *kittahs,* dedicados a la meditación y a la búsqueda de la perfección espiritual.

Creían en la transmigración de las almas y estimaban que para alcanzar el estado de gracia, su espíritu, una vez muertos, habría de reencarnarse en un animal. Con ellos vivían, gozando de todos los cuidados posibles, unos gatos blancos de ojos dorados como el oro. En ellos se realizaba la reencarnación y así se cumplía felizmente el ciclo. Esta vida de paz y meditación fue interrumpida por la persecución que sufrieron los *kittahs* por parte del pueblo *jemer*. Muchos monjes perecieron en la lucha, y los que lograron huir buscaron refugio en las montañas y allí cavaron un templo subterráneo al que llamaron *Habitación de los Dioses*, conocido después como Lao-Tsun.

La comunidad parecía haber recobrado otra vez la paz, cuando los *jemer* encontraron el refugio y se inició de nuevo el asedio. Durante varios días estrecharon el cerco y la matanza parecía inevitable. Entonces el gran sacerdote, acompañado de su inseparable gato blanco, se acercó a orar ante Tsun-Kyan-Tse, la divinidad que regía los destinos del templo. Rogó de un modo tan desesperado que la diosa, compadecida, se lo llevó a su lado. El gato blanco saltó sobre la encanecida cabeza del sacerdote y, casi inmediatamente, su pelaje se fue tornando rojizo, mientras que las patas y las orejas adquirían un tono más oscuro. Sus manos permanecieron blancas y sus ojos se volvieron como los de la estatua, azules, como pequeñas porciones de cielo en un día despejado. Esos ojos miraban insistentemente en una dirección, y los monjes comprendieron que se trataba de un mensaje. Fue tapiada la puerta a la que el animal miraba y de ese modo impidieron el ataque del enemigo. Todos los gatos del templo cambiaron el color del pelaje hasta quedar como el que había sufrido la mutación y ellos fueron los encargados de designar al monje que debía sustituir al gran sacerdote muerto.

La leyenda llegó a mis manos demasiado tarde, cuando ya nada podía hacer para alejar a mi querida amiga Bárbara de la maligna influencia de Mr. Melmoth. La leí en un prestigioso suplemento dominical

mientras esperaba en la consulta del dentista. ¿Fue o no una casualidad que precisamente entonces tuviera yo conocimiento de la existencia de esa raza maldita? Advertirles sobre el enigma que encierran los caprichosos ojos azules del gato birmano lo considero como una última deferencia hacia Bárbara.

Ahora me siento culpable de no haber creído en su ansiedad, aunque nadie podrá reprocharme que no tomara en serio lo que yo creía entonces una loca fantasía. ¿Quién hubiera dado crédito a la conversación en la que me puso al corriente de lo que sucedía?

Yo acababa de llegar de Ginebra, donde me había llevado mi trabajo de traductora simultánea. Apenas dejé las maletas en el suelo cuando me sorprendió una insistente llamada en el timbre de la puerta: era Bárbara, desacostumbradamente nerviosa y agitada.

—¡Ya era hora de que volvieras! Necesitaba hablar contigo...

—¿Qué te pasa? ¿Mal de amores otra vez? Debes tomarte una tregua. Te encuentro pálida y delgaducha. ¿Has pasado mala noche o es que la has pasado demasiado bien?

—Me ocurre que estoy furiosa y he tenido una noche de perros; mejor dicho, de gatos. No, no he estado de juerga como insinúas. Hubiera podido hacerlo pero *él* me lo impidió. Me vigila, me acosa, me domina... Estoy a punto de volverme loca y creo que la única solución sería fingir un accidente y tirarlo por la ventana.

—¡Pero Bárbara! Si sólo hace un mes estabas loca por él. ¿Qué te ha hecho Jim *el guapo?* ¿Te ha metido en algún lío gordo?

—No me refiero a Jim. El se fue a Marruecos en busca de sol y *chocolate* y pasará allí una larga temporada. Ese es el problema; mientras que no regrese yo estaré sola con él, sola con Mr. Melmoth. ¿Comprendes?

—En absoluto. No sé de qué me estás hablando. Tranquilízate y explícame de una vez quién es *él* y por qué te vas a volver loca.

Era evidente su desasosiego, y desde la última vez que la vi había perdido la envidiable suavidad aterciopelada de su piel. Le serví una copa de *Parfait Amour,* el licor violeta que tanto le gustaba, y me contó su insólita relación con Mr. Melmoth, el gato birmano que su vecino y amigo Jim le había dejado a su cuidado al marcharse a Marruecos.

Bárbara era una loca de la vida, que amaba o se dejaba amar por cualquiera que lo deseara, lo que le había supuesto numerosas decepciones con las que no escarmentaba. Por supuesto, se enamoró también de Jim, a pesar de que él era un aplicado *yonki,* que se pasaba el día *snifando* cocaína y perdido en paraísos en los que algo tan real como Bárbara no tenía cabida. En un esfuerzo inútil porque Jim se percatara de lo acogedora que ella podía ser, se hizo cargo del gato, a pesar de que no había simpatizado en absoluto con él las pocas veces que traspasó la puerta del apartamento contiguo. El primer problema llegó con la comida. Después de probar con innumerables menús, supuestamente exquisitos para un felino, no había conseguido interesarle con ninguno de ellos. El gato parecía rechazar cualquier cosa que viniera de sus manos. Para colmo, ejercía funciones de inquisidor sobre los hábitos amatorios de Bárbara y manifestaba su malestar por encontrarse en una casa desordenada y nada apacible, mediante continuos y oscuros ronroneos cada vez que las esbeltas piernas de Bárbara se cruzaban en su camino.

La noche anterior a la que me visitó, fue a verla un amigo, Félix, con el pretexto de enseñarle unas cuantas fórmulas de cócteles recién aprendidos. Después de ingerir unos cuantos, los dos se pusieron bastante tiernos. Mientras estuvieron en el sofá, el gato merodeó inquieto a su alrededor sin dejar de vigilar ni un momento. Y cuando iban a pasar al dormitorio, el felino, con el largo pelo erizado y los ojos centelleantes, se interpuso en la puerta, tratando de impedirles la entrada. Su actitud desafiante no dejaba lugar a equívocos, y supieron que sus ancestros salvajes es-

taban allí con todo su vigor dispuestos a cualquier cosa. Su boca abierta mostraba unos colmillos tan afilados que Félix, un tipo extremadamente cuidadoso en todo lo referente a su salud, se llevó un susto descomunal que acabó con todos sus ardores.

Escenas similares habían tenido lugar en otras ocasiones, de manera que Bárbara sentía ya por el gato un odio concentrado sin atenuantes posibles, y le parecía la reencarnación de lo que su mismo nombre indicaba: un demonio vengativo. Además, él se afilaba las uñas en el precioso *kilim* que Bárbara tenía a los pies de la cama y lo había dejado en un lamentable estado de deterioro.

Por las noches sus ojos brillaban en la oscuridad, y sus siniestros maullidos, a los que era capaz de imprimir modulaciones horribles, despertaban a su eventual dueña que, asustada por la proximidad de aquel bicho enigmático, no recuperaba el sueño hasta el amanecer.

Yo fui testigo de la tormentosa escena que acabó con su vida, y al recordarla siento un estremecimiento, sobre todo al rememorar mi ignorancia sobre las consecuencias que aquel accidente iba a tener.

* * *

Una triste tarde de enero, cargado de trípodes y cámaras, llegó un fotógrafo a casa de Bárbara, dispuesto a realizar un reportaje de fotos para una importante revista sexy. Desde el principio Mr. Melmoth se comportó de una manera extraña, excitado y nervioso, sin que Bárbara, con el semblante adusto y dirigiéndole miradas rencorosas, accediera a dirigirle alguna palabra tranquilizadora.

Su cuerpo desnudo, cuando ella se despojó del kimono para que el fotógrafo preparase la primera placa, produjo en el animal una especie de violenta descarga, un santo celo de inquisidor al acecho, y como si hubiera querido extirpar un cáncer maligno, profiriendo un maullido desgarrador y escalofriante,

se abalanzó sobre el pecho de Bárbara. Herida por el dolor y la sorpresa, ella lanzó un grito, y, ciega de ira, asió un trípode con el que intentó asestarle varios golpes que fallaron. El gato, soberbio y fiero, se enfrentó a ella, que, poseída de una histeria incontrolable, lanzaba furiosas embestidas con el trípode perdidas en el vacío. Consiguió acorralarle cerca de una ventana, a la que, acosado por Bárbara, se encaramó. Ella, entonces, con una increíble rapidez de reflejos, dirigío a sus ojos uno de los focos encendidos, mientras intentaba asestarle otro golpe. El animal, cegado, se precipitó por la ventana. En la caída se golpeó en la cabeza con el hierro de un tendedero y sobre él quedaron trozos sanguinolentos de su masa encefálica.

Después del desenlace, con los nervios rotos, Bárbara lloraba y reía, musitando desmayadamente frases incoherentes y poseída por un ataque de histeria del que tardó varias horas en reponerse.

Aunque se compadeció del animal y deploró su falta de control, respiró aliviada creyendo que la pesadilla había terminado. En realidad, acababa de empezar, y si hubiera sabido lo que yo averigüé después, no hubiera osado enfrentarse a él, puesto que los gatos birmanos requieren la misma precaución que un reptil venenoso.

Desde aquella tarde Bárbara no tuvo un momento de reposo y conoció los terrores de una persecución invisible. Se convirtió en un espectro de sí misma, de rostro triste y macilento. Continuamente giraba la cabeza a uno y otro lado, espiando peligros desconocidos, con la atenazante sospecha de que una amenaza implacable se cernía sobre ella.

El primer indicio lo tuvo en las escaleras mecánicas del metro. Descendía por una de ellas sin que nadie más la acompañara en el largo trayecto, cuando algo que no supo definir la hizo caer rodando aparatosamente. Aseguró que, mientras yacía en el suelo, medio desmayada por el dolor de las contusiones, vio sentado sobre la barandilla a un gato blanco que la

miraba fijamente. Tuvo que meterse en la cama hasta que las heridas curaron.

Después de este incidente, al regresar de su trabajo el primer día que salió a la calle, cuando iba a coger el ascensor, oyó un maullido siniestro y lejano. Un escalofrío recorrió su cuerpo antes de que el ascensor se precipitara en el vacío con una velocidad vertiginosa. Los técnicos insistieron en que los cables estaban manipulados y que una avería de aquellas características era prácticamente imposible. Bárbara salió milagrosamente ilesa del percance, pero no volvió a usar los ascensores. A partir de entonces la ciudad entera pareció conspirar contra ella en un complot diabólico. Los coches pasaban rozándola peligrosamente, como si se precipitasen lanzados sobre una diana en la que su cuerpo constituía el blanco indiscutible.

Una tarde de aguacero, acobardada y sumida en una depresión aniquilante, se dirigía a su casa con el propósito de no salir de ella en unos días para conjurar aquella angustiosa pesadilla. Llovía torrencialmente y un viento racheado castigaba su rostro ausente y empapaba sus cabellos dorados.

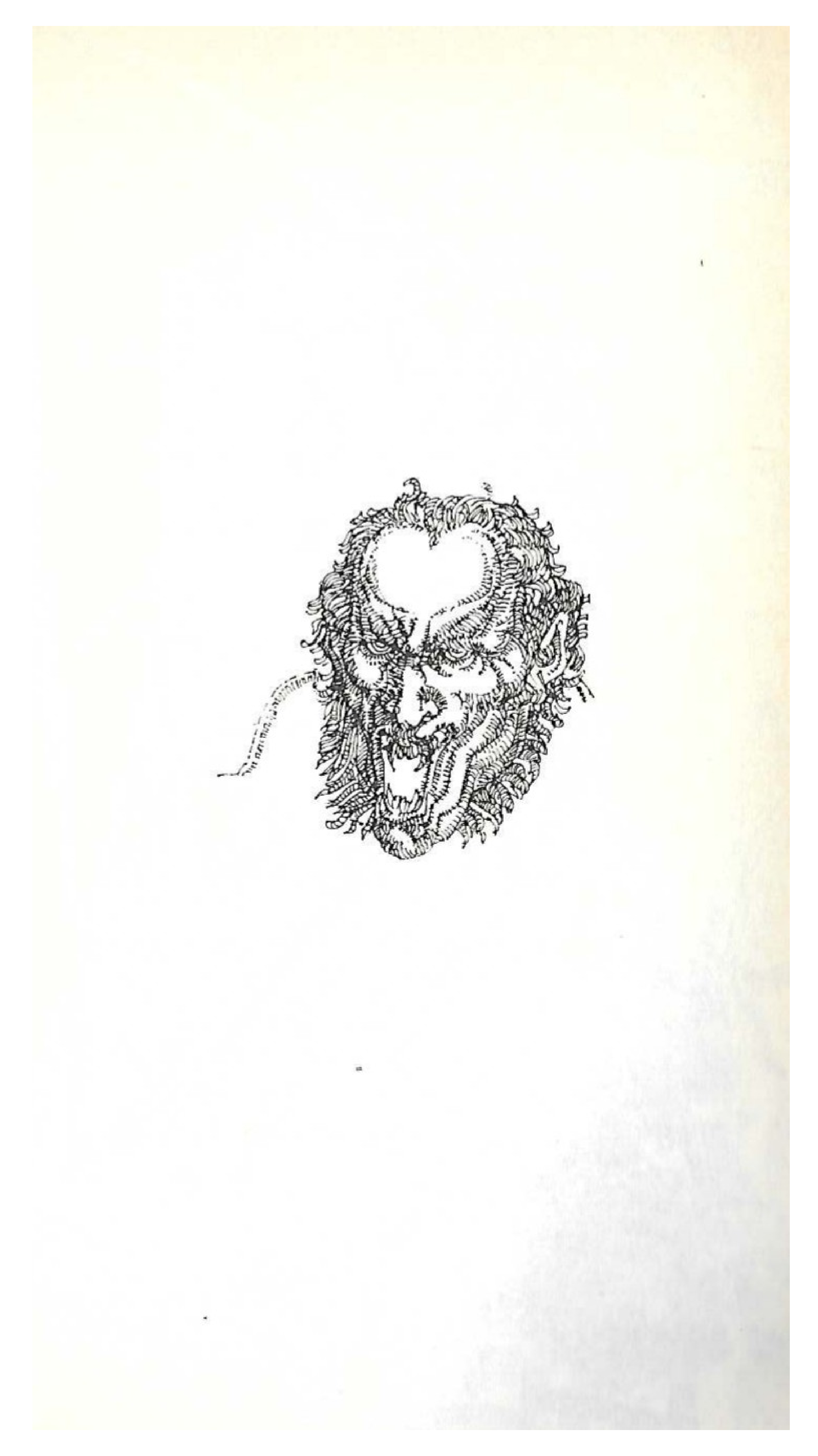
Rechazó la apetecible tentación de coger un taxi o cualquier otro transporte público, convencida de que eran instrumentos de los que podía servirse su desconocido verdugo para acabar con ella. El frío era intenso y cortante, y estaba empezando a anochecer. Ella caminaba absorta y abstraída en su desoladora situación, cuando oyó el aterrador maullido. No tuvo tiempo de descubrir la figura que, agazapada en una cornisa y al amparo de las primeras sombras de la noche, parecía esperarla. Como arrastrada por el viento despiadado, una masa peluda se arrojó sobre ella semejante a un dardo certero que incrustase en sus ojos unas garras como garfios ardientes. En sus cuencas oculares, ya vacías, sintió una llamarada que la traspasaba hiriendo hasta la última neurona de su cerebro, y los transeúntes se detuvieron conmocionados por el grito que atravesó el asfalto encharcado.

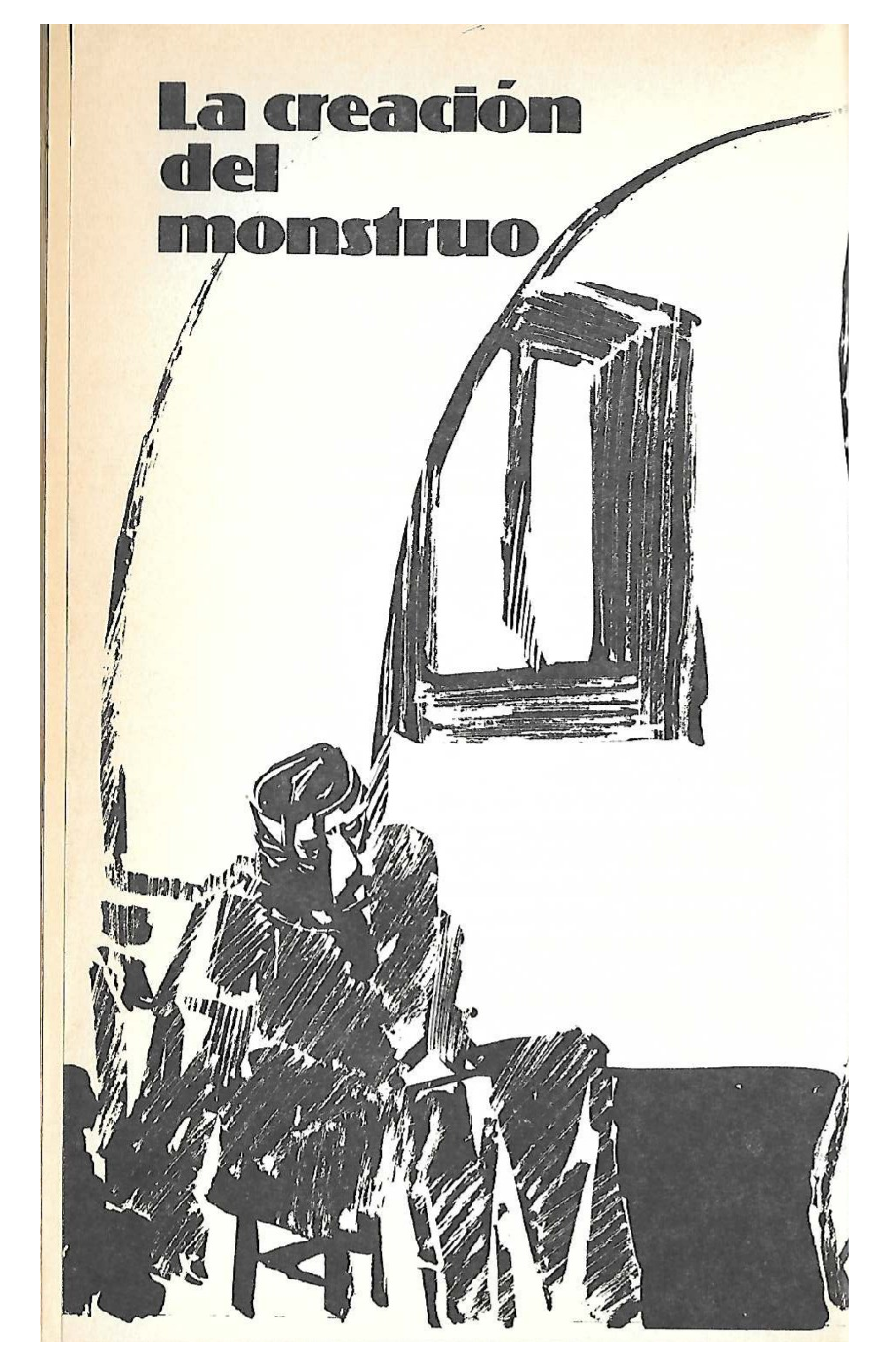
Alguno de ellos observó cómo un gato de pelo blanco y brillante se alejaba despacio del lugar, dejando sobre el pavimento las huellas de unas garras ensangrentadas que la lluvia convertía en un surco rosado... El sorprendido espectador de la tragedia no supo precisar que se trataba de un gato birmano. Eso queda para los expertos, aunque ellos sólo poseen conocimientos teóricos sobre el tema.

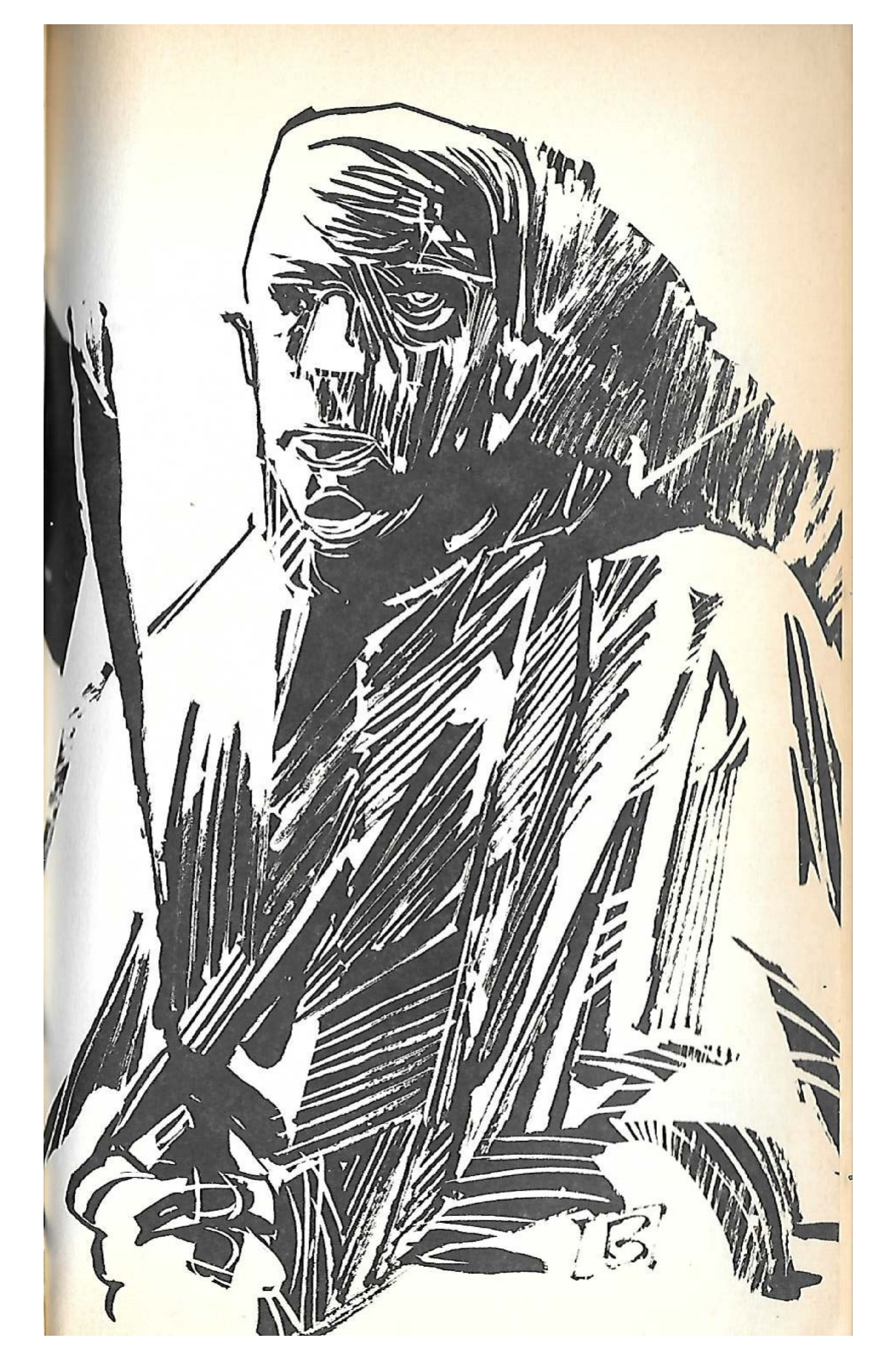
* * *

La persona más capacitada para hablar sobre ello hubiera sido mi amiga Bárbara, si sus labios no hubieran perdido el deseo de modular sonidos. Ahora yo la visito los fines de semana en la clínica de la sierra donde la han recluido. En un estado de aparente catatonia ella pasa los días sentada ante la ventana, buscando la tibieza del sol que, delicadamente, cubre sus manos perennemente cruzadas sobre su regazo. Su rostro inmóvil, orientado hacia las cimas nevadas, parece esperar que alguien, satisfecha ya su sed de venganza, le devuelva lo que brutalmente le arrebató, mientras quizá su memoria le proyecta, en un intento de mantenerla viva, todos los fotogramas en los que su imagen cautivadora quedó plasmada para siempre.

Yo casi no puedo mirarla de frente. No puedo olvidar que los dos espantosos agujeros de su rostro albergaron una vez unos hermosos ojos de color violeta.




La creación
del
monstruo



La creación del monstruo

José Manuel Valls Jiménez

Necesitaba convencerse de que lo que estaba sucediendo era únicamente producto de su imaginación, en exceso, sensibilizada por el trabajo creador...



DESDE que una noche se escapó una cabra y la encontraron despanzurrada en las vías del tren, Pedro salía siempre después de cenar a comprobar que el portillo estaba bien cerrado. Con los años se había convertido en una costumbre, y el viejo campesino hubiera salido después de cenar aunque ya no hubiera vacas ni portillo.

Como todas las noches, paró a la altura del granero y encendió un cigarro. Con la primera bocanada echó un poco la cabeza hacia atrás para contemplar la llanura a lo lejos.

Apenas percibió un movimiento furtivo a su derecha, entre los matojos. De reojo el breve desplazamiento de una masa oscura. Sus ojos de cazador nocturno recorrieron el lugar mientras escondía instintivamente la brasa del cigarro en el hueco de la mano. Esperó inmóvil unos minutos y después, encogiéndose de hombros, caminó hacia su casa doblando la esquina del granero.

La casa estaba a oscuras. Problablemente otro apagón: Isabel debía estar buscando las velas. Empujó la puerta con el cigarro en la boca.

«¡Qué! ¿Se ha vuelto a ir la luz?»

A través de las botas notó el suelo encharcado. «Isabel».

Del pantalón de pana sacó el mechero y encendió.

La llama hacía bailar sombras por las paredes. Pedro quedó inmóvil con el brazo del mechero extendido y la boca abierta. El cigarro se desprendió de su labio inferior y fue a caer con un breve chasquido en la sangre que cubría el suelo.

Sentado en una silla, al lado del fogón, estaba el cuerpo de su mujer y los ojos de Pedro no podían huir de la horrible y limpia herida que cruzaba su frente a la altura de las cejas, mostrando una cavidad vacía y rojiza allí donde la bóveda del cráneo había desaparecido.

Le sacó de su inmovilidad un insistente golpeteo en el pecho, pero su cerebro trastornado no descubrió que se trataba de la cruz que llevaba siempre al cuello y que se movía como dotada de una enloquecida vida propia, sino que por alguna razón relacionó la sangre del suelo con su escopeta de caza, y se abalanzó como una tromba hacia su habitación.

Apenas llegó a cruzar el umbral: una sombra más negra que la oscuridad, el centelleo de un hacha y un frío extraño sobre la oreja derecha un instante antes de que todo desapareciera».

* * *

14 - IX

Este folio que acabo de copiar es el trabajo de todo un día. Un día perdido para esta basura.

Estoy furioso y, para relajarme un poco, escribo lo que me pasa por la cabeza. He puesto la fecha arriba con la vaga intención de que esto sea un diario. Así podré combatir la soledad de estos días.

En mi apartamento era ya imposible escribir. Me agobiaba la ciudad. He adquirido esta pequeña casa perdida y sola en el monte, y me he encerrado aquí

para intentar acabar de una vez la novela que estoy escribiendo. Llevo ya tres días y el resultado no ha sido muy positivo, no me acostumbro a esta soledad. Yo mismo arreglo la casa y me hago la comida. Desde que llegué no he visto un ser humano.

Nadie me molesta, nadie me interrumpe, pero parece que eso no tiene nada que ver con la inspiración, soy incapaz de hacer avanzar la novela.

Voy a hablar un poco de ella —cuando la termine pienso destruir este diario.

El personaje principal es un ser maligno y sobrenatural que se alimenta con los cerebros de sus víctimas —ligero toque de morbosidad necesario en este tipo de historia—, pero su característica esencial es la omnisciencia: el monstruo lo sabe todo en su mente de psicópata. Esto le convierte en un enemigo terrible de la humanidad.

Sé que la idea no es muy buena, pero todo esto mezclado con una buena dosis de suspense y un poco de sensualidad puede dar un resultado aceptable.

El verdadero problema está en que no consigo darle realidad al monstruo. Hasta ahora no es más que una caricatura en mi imaginación, le falta la potencia necesaria para existir por sí mismo en mi novela.

Bueno, de todas formas creo que lo acabaré consiguiendo.

16 - IX

En dos días apenas he podido escribir unas líneas, pero ahora han sucedido cosas que me obligan a continuar este diario con más urgencia que la novela.

Aunque escriba sobre ello, nunca he creído seriamente en fenómenos sobrenaturales, ni siquiera en casualidades extraordinarias, y esto no ha hecho sino agravar la situación de profunda perplejidad en que me hallo en estos momentos. Voy a intentar transcribir los hechos de una forma ordenada, y espero que esto me ayude a aclarar ideas.

Ayer, durante todo el día, estuve pensando en la novela tomando algunas notas y centrándome sobre todo en el problema de darle vida propia al personaje. Por la noche —quizá debido a la ininterrumpida actividad mental— era incapaz de conciliar el sueño. Continuamente me llegaban ideas nuevas, detalles, que me iban ayudando a perfilar con mayor nitidez el ser que estoy creando. Al fin, totalmente agotado, tomé una dosis de Veronal —somnífero que siempre llevo conmigo— y poco después dormía plácidamente.

Esta mañana he despertado tarde —sobre las doce— y sumamente cansado, pero con una necesidad insólita de seguir trabajando. De todas formas sólo he sido capaz de dar vueltas de un lado a otro por la casa como un león enjaulado, pensando continuamente en la novela. Mejor dicho: pensando continuamente en el monstruo que la protagoniza. Va tomando peso, consistencia, en mi imaginación, pero sólo he logrado escribir unas cuantas anotaciones. Las ideas se acumulan, aunque todavía no encuentro las palabras.

Al atardecer he salido a dar un paseo para relajarme. Hay un sendero que parte de la casa y se pierde en las sombras del bosque. Caminé por él un buen rato, hasta que empezaron a clarear los árboles y pude ver la llanura que comienza al pie de las montañas.

A la izquierda había una pequeña granja, y he aquí lo extraordinario: esa granja era exactamente la que yo me había imaginado en una parte de mi novela. Precisamente en aquella con la que comienzo este diario.

Durante unos minutos recorrí con los ojos todos los detalles que había imaginado hace unos días y estaba cada vez más convencido de no haber pasado nunca antes por allí.

He vuelto a mi casa presa de una gran agitación haciendo esfuerzos para no correr por el sendero que cada vez me parecía más sombrío y amenazador.

Ahora me he tranquilizado un poco, y creo que mi reacción ha sido excesiva. Seguramente yo conocía la granja por alguna foto o por haber estado aquí alguna vez que ya no recuerdo, de forma que, cuando intenté imaginar una granja, pensé inconscientemente en aquella que me recordaba este entorno.

De todas formas esta noche no puedo hacer nada más. El Veronal se encargará de evitar las pesadillas.

17 - IX

¡Por fin se ha roto el dique! Estoy contento: hoy he pasado todo el día escribiendo y tengo casi acabado un esquema bastante completo de la novela. Mi monstruo ya tiene una base para salir al mundo y aterrorizar a la humanidad desde las páginas. Parece que se hubiera estado gestando durante todo este tiempo y ahora, ya maduro y completo, me permitiera darle a luz a través de las palabras.

Estoy agotado. Apenas he comido para no perder tiempo, temeroso de que desapareciera la vena de inspiración, pero la misma fuerza que me impedía escribir antes, me arrastra ahora con una urgencia extraordinaria, obligándome a recuperar todo el tiempo perdido.

De todas formas, no quiero abusar. Necesito dormir. He robado unos minutos al sueño para escribir estas líneas en el diario y expresar así mi optimismo.

Me preparo para un sueño tranquilo y reparador. Hoy no necesito Veronal.

18 - IX

Sucesos extraños. Temores ocultos en las sombras. No me atrevo apenas a pensar. Una vez más este diario me va a servir como desahogo. Necesito mantener el equilibrio y alejarme del borde de la locura. Todo esto, Dios mío, todo esto debe tener una explicación lógica.

Hoy he tenido visitantes. ¡Ojalá no hubieran encontrado el camino! ¡Ojalá me hubieran dejado solo para siempre!

Debo tranquilizarme y dejar constancia de las cosas ordenadamente.

Esta tarde han llegado hasta mi casa dos hombres de la policía. He interrumpido el trabajo y les he recibido en el salón, junto al fuego de la chimenea.

Al principio las preguntas normales: quién era yo, cuánto tiempo llevo aquí, que si me gusta este sitio, si vivo solo, hasta cuándo me voy a quedar, qué tal va el trabajo... Mientras, recorrían la casa con los ojos, buscando algún detalle que ignoro.

Después fueron concretando más: anoche. Estuve durmiendo, claro. No, no he visto a nadie ni oído nada extraño. ¿Por qué? Sí, se que hay una granja a tres kilómetros hacia el Este, precisamente hay un sendero... Sí, estuve allí el otro día. El miércoles, creo. No, no vi a nadie.

Por fortuna mi subconsciente estaba en guardia y borró de mi mente todo lo relacionado con la novela mientras me contaban lo de la granja. Sólo un rato después de que se fueran comencé a tener conciencia de lo que habían dicho: anoche alguien entró en la granja y mató al matrimonio de ancianos que vivían allí. Antes de irse me aconsejaron que cerrara bien la casa por la noche. Por las características de los crímenes —a los cadáveres les faltaba la masa encefálica— sospechan de algún desequilibrado mental: hay un hospital psiquiátrico a pocos kilómetros.

Cuando he conseguido librarme del estupor que me tenía bloqueado, ya hacía mucho que era de noche. No he pensado siquiera en cerrar las ventanas. Mientras escribo estas líneas ingiero una buena dosis de Veronal, dentro de unos segundos estaré completamente dormido.

* * *

«Estás leyendo en tu habitación. Una lámpara re-

corta sombras y oscuridades en los rincones y los ruidos nocturnos aletean invisibles. Pero tu imaginación —quizás a causa de estas palabras que lees sin darte cuenta— vuela una y otra vez hasta esas puertas tan conocidas *(madera, armario, ropa)* a pocos metros de ti y que yo estoy viendo.

Al final no puedes resistir la tentación —quizás a causa de estas palabras que no crees— y te acercas y abres las puertas pensando precisamente en que esta vez ya no es el gesto mecánico de todos los días y que hay algo especial, como un presagio oscuro, que casi te obliga a detener el gesto en el último momento.

O eres fuerte y no influyen en ti para nada las palabras. Sigues sentado tranquilamente leyendo cómo abres el armario, apartas la ropa y encuentras en el fondo una puerta ignorada y extraña que se abre a una habitación blanca, vacía, silenciosa con una tercera puerta mirándote desde el fondo.

Y como yo te estoy esperando al final, como has perdido ya la noción del mundo lógico, como tu incredulidad te da valor para seguir adelante, atraviesas una tras otra habitaciones vacías adentrándote más y más en alguna parte.

Justo en el momento en que yo lo deseo, abres la última puerta y te golpea en los ojos la realidad insólita de tu habitación no vacía: el aire está saturado de malignidad, de un aliento perverso que se va concretando ante ti, tomando formas cada vez más definidas, haciéndose corpóreo y material, poderoso y absoluto hasta que empiezas a reconocerlo, y entonces el terror te agarra las entrañas y huyes corriendo ciego a través de todas las habitaciones, de todas las puertas, con la única esperanza puesta en salir antes de esa trampa y cerrarla tras de ti para siempre. Atraviesas jadeante la habitación blanca. Abres la penúltima puerta y te estrellas contra una pared invisible, un cristal helado que no cede y te ves a ti mismo de frente, al otro lado, mirándote al espejo con un libro en la mano en el que dice que estás atrapado, que

despertarás cubierto de sudor con un libro en la mano, quizá mirándote al espejo sin comprender porqué.

Un momento después has olvidado este sueño y sigues leyendo mientras piensas en escribir —para que no se te olvide— una extraña idea que ha pasado por tu cabeza cuando mirabas el armario hace un momento».

* * *

19 - IX

La noche ha sido horrible a pesar del Veronal. Pasé muchas horas en ese estado tan desagradable, entre sueño y vigilia, que te hace perder la noción del tiempo.

Esta mañana he encontrado sobre el escritorio estas hojas que acabo de copiar. Seguramente las escribí anoche, o esta madrugada, aunque no recuerdo haberlo hecho. El Veronal todavía me tiene atontado.

Sé perfectamente qué interpretación puede hacerse de ellas, pero de todas formas he querido incluirlas en este diario: ser fiel a mí mismo es la única forma de que esto dé un resultado positivo. Me ayudará en el futuro a interpretar correctamente todo lo que está sucediendo.

Durante todo el día he sido presa de negras dudas, he luchado conmigo mismo para mantener la serenidad, pero es imposible. Intento convencerme una y otra vez de que lo ocurrido ayer fue únicamente producto de una imaginación demasiado sensibilizada por el trabajo. Acabo por creer que realmente no vinieron aquellos policías, que lo soñé todo anoche bajo los efectos del Veronal. De pronto me encuentro comprobando con mis propios ojos que hay pisadas de hombres y huellas de neumáticos en el camino principal. Son demasiado claras y recientes para que pueda tener alguna duda.

Creo que mañana voy a volver a la ciudad, todo esto es superior a mis fuerzas.

Más tarde me alcanza un pensamiento casi reconfortante: es cierto que estuvieron aquí ayer, de acuerdo, pero es muy probable que lo que me contaron no fuera exactamente lo que yo creí escuchar. No olvido que estaba totalmente concentrado en la novela cuando llegaron, y que tuve que dejar el trabajo para atenderles.

Cada vez estoy más convencido de que las cosas sucedieron así, ellos me contaron una cosa y yo escuché otra totalmente distinta influenciado por la historia que yo mismo estaba escribiendo.

No debo dejarme dominar más por la imaginación. También culpo de todo esto al abuso que hago del somnífero. A partir de ahora voy a prescindir de él.

Ya estoy más tranquilo. Pienso seguir trabajando toda la noche en el libro. Estoy deseando empezar.

20 - IX

No aguanto más, vuelvo a casa. Espero que haya alguien que pueda ayudarme a salir de esta pesadilla.

Escribo estas líneas antes de irme porque pienso dejar aquí el diario: pertenece a este sueño de locura que me rodea y del que voy a huir. Pero antes he de completarlo con lo que ha ocurrido hoy.

Las alucinaciones se repiten. No es posible expresar la angustia que me domina porque hoy he bajado al pueblo y he oído contar de boca en boca, en todas partes, los asesinatos que están aterrorizando a la región: exactamente los mismos que yo describo con todo detalle en mi libro.

En fin, está oscureciendo y todavía tengo que quemar mi novela inacabada...

Estoy perdido. Ya no soy dueño de mi voluntad. Una fuerza irresistible me obliga a escribir. Quisiera despertar en otro lugar, en otro tiempo, porque ahora sé la verdad y es demasiado tarde. He dado

vida a un ser de pesadilla, a un ser real que me domina y me obliga a completar mi obra.

* * *

«Esperas de pie en el centro de la habitación mirando con ojos ciegos las sombras que bailan en el fuego de la chimenea. Presintiendo el silencio de la noche al otro lado de los cristales.

De pronto la ventana se abre con un estallido seco y un bloque de aire caliente, fétido, ocupa la estancia. A tu alrededor susurros infrahumanos, intuiciones repugnantes, que van creciendo de tono con cada segundo.

Todo el origen del horror se concentra ahora enfrente tuyo, adquiriendo lentamente esa forma imposible que tú conoces tan bien. Pronto oyes su respiración subiendo de intensidad, presientes los latidos de su corazón cada vez más firmes hasta que ya todo está completo, y justo en ese instante un mazo de papeles arde en llamas sobre tu mesa.

Comprendes que la creación ha concluido y te resignas».

* * *

Sé que voy a morir. Quienquiera que lea este diario probablemente piense que soy un asesino, un psicópata con doble personalidad que cometo con una los crímenes que imagino con la otra. Pero eso no es cierto, no del todo al menos.

Por favor, por tu propio bien ya que yo estoy condenado, escúchame: tu peor enemigo está a tu lado en estos momentos, ESTA DENTRO DE TI. Tu cerebro es el que te dice lo que existe y lo que no existe, y el mal está en tu cerebro, en el fondo, buscando un resquicio para salir, para obligarte a concebir su existencia. Pero ese monstruo supera el límite de lo fantástico. Es tan real como tú mismo y sólo está esperando su oportunidad. Engañará a tus senti-

dos, entonces tomará forma corpórea y material, tanto como cualquiera de las cosas que captas por ellos.

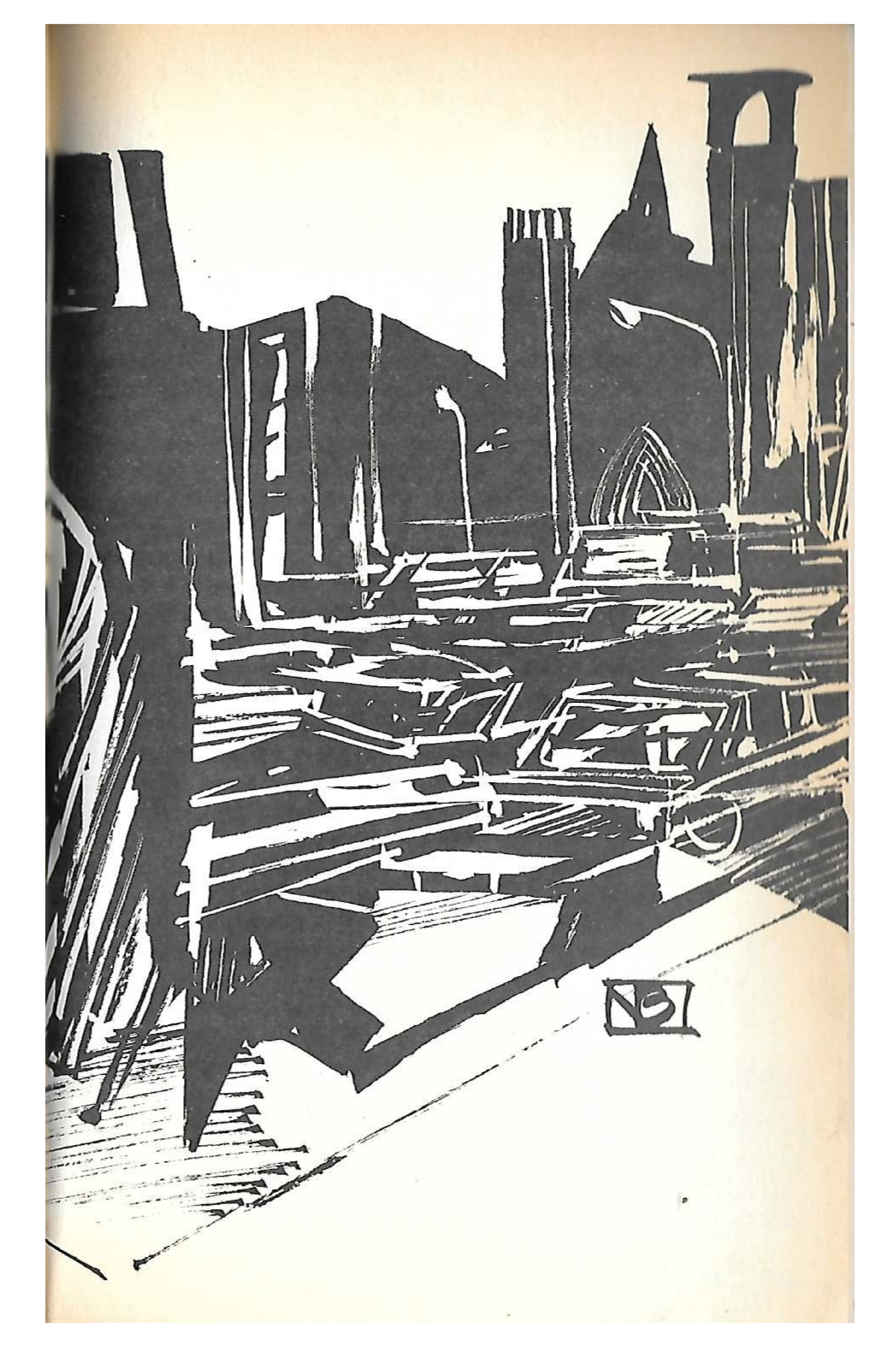
Ten cuidado. No pienses en ello porque si lo haces acabarás despertándole y surgirá desde el fondo de tus sueños para nacer, para correr por el mundo sembrando el horror...

N. del R.: Aquí concluye el diario de J.M.V., que fue encontrado junto al cadáver de su autor.

Nadie tiene por qué creer nada de lo que en él se dice, pero pensamos que una investigación seria podría arrojar alguna luz sobre la creciente ola de asesinatos anólogos a los que describe aquí J.M.V. y que se siguen cometiendo ahora, un mes después de su muerte.

Una semana con Julia





Una semana con Julia

Nino Velasco

Acechante, como si se tratase de un ente vivo, la pesada nube rojiza se posó sobre la ciudad y sembró el miedo entre sus habitantes.



CORRÍ bajo la lluvia de las nubes y la lluvia de los plátanos, Ramblas arriba, hasta el kiosco de Canaletas. Me metí bajo el toldo y empecé a esperar. Enfrente estaba la fuente de Canaletas y el metro de Canaletas. Más al fondo, al otro lado de la calzada, se veía el bar Canaletas a través del chaparrón. Por allí todo se llamaba Canaletas. Habíamos quedado a las once en la fuente; bajo el toldo del kiosco tampoco podía dejar de verla cuando llegase.

La gente subía y bajaba por las Ramblas. Unos llevaban paraguas y otros no. Los que no llevaban paraguas habían salido temprano de su casa, cuando el cielo estaba despejado y no se podía pensar a simple vista que iba a llover a las diez. O bien no tenían paraguas. Yo había salido después de las diez y tenía paraguas, pero no aguantaba cargar con ese trasto por todas partes. Había mucha gente en la calle, y los transeúntes se movían más deprisa de lo que es habitual, o al menos eso me parecía a mí, como si todo el mundo tuviese aquel día más prisa o la multitud anduviese nerviosa a causa de un tiempo inestable y bochornoso...

«... y verán al Hijo del hombre venir sobre las nu-

bes del cielo con poder y majestad. Y enviará a sus ángeles con resonantes trompetas y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro...»

Recordé de pronto, no sé por qué clase de asociación de ideas, esa cita de San Mateo referida al final de los tiempos.

Bueno, sí. Había visto a un cura caminando bajo su enorme paraguas negro justamente por el centro del bulevar, un tipo de buena estatura, con ojos sagaces y gesto soberbio, quizás irascible. Lo mismo que el otro tipo que nos amedrentaba desde el púlpito de una iglesia en tinieblas que olía a siglos de devocionarios y señoras devotas durante la semana de ejercicios espirituales hace muchos años. Sólo dejaba una vela encendida en todo el recinto a fin de que los ámbitos del pequeño templo se cubriesen de sombras inquietantes: las imágenes estaban cubiertas con paños morados y las llamas de las velas oscilaban siniestramente a causa de suaves corrientes de aire. Olía a cera, a aceite consumido en las lamparitas que iluminaban sórdidamente las capillas, persistía en el aire un podrido olor a incienso. El sujeto del púlpito, con voz cavernosa, nos amenazaba desde su tribuna: llegaría el Juicio Final, se oirían las trompetas de los ángeles anunciando la venida de Cristo para juzgar a los vivos y a los muertos... ¡Ay del que estuviese en pecado mortal! Algunos niños lloraban de espanto.

Me acordé de la cita al ver al cura soberbio subiendo por las Ramblas, pero también, seguramente, porque la había adivinado a ella. ¿Ustedes no han experimentado esa sensación que se produce cuando se espera a alguien en la calles? De pronto tienes la impresión de que has visto a la persona deseada entre la multitud, has reconocido tan sólo un detalle particular de su fisonomía entrevisto como un relámpago (su boina rosada, por ejemplo), y, sin embargo, al fijar tu mirada en la zona donde has creído descubrirla, no te es posible encontrarla entre la muchedumbre. Instantes después, tras unos momentos de desconcierto, la

localizas, en efecto, ligeramente desplazada del lugar donde creiste verla al principio. Bueno, todo esto ocurrió hasta que la vi avanzar por la calle de Pelayo, con su permanente grande, una camisa amarilla muy holgada, unos vaqueros descoloridos y unas sandalias de tiras. Llevaba un foulard morado, un bolso artesanal de cuero y una carpeta de cartón gris. Se acercaba corriendo porque llegaba con treinta minutos de retraso. Cuando fui a darle un beso, bajó la cabeza como siempre, mostrándose a la vez azorada y gozosa, temblando casi. No sé por qué a ella le daba vergüenza de que nos besásemos en la calle, aunque se tratase de un ósculo convencional. Nos metimos los dos bajo el toldo del kiosco y mientras yo miraba al frente (ahora llovía mucho y las fachadas de la otra acera se veían difuminadas por el aguacero), le dije con un tono más o menos solemne:

—... Y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y majestad. Y enviará a sus ángeles con resonantes trompetas y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro...

—¡Ja, ja! —se rió ella y añadió—: San Mateo, capítulo 24, versículos 30 y 31.

—¡Vaya, ya te lo sabes! ¿Cómo va el trabajo?

—Esta semana hay que acabarlo.

He dicho que había evocado la cita del Evangelista al ver al sacerdote y al verla a ella, o intuirla, entre los presurosos peatones de la calle Pelayo. Bueno, es que estaba haciendo su tesina de licenciatura sobre un tema que se relacionaba con la cita. El título te dejaba muerto, pero el asunto podía ser sugerente: *Aproximación estructural a una semiótica de la iconografía en torno a los terrores del milenio durante la alta Edad Media.* Yo le dije que lo dejase tan sólo en *Análisis iconográfico en torno a los terrores del milenio,* pero ella argumentaba que eso no expresaba todo el contenido del trabajo. En fin, el plan era del todo bueno: Julia había engañado otra vez a su marido con insidia, diciéndole que debía permanecer una semana en

Barcelona por algo relacionado con la tesina. El chico le dijo que bueno. Mis padres, por otro lado, aprovechando las vacaciones del viejo, se habían ido a Florencia: querían ver las cosas de la Galería de los Uffizi. Era de esa gente que estima el arte sin que nadie sepa por qué, ya que no lo entienden en absoluto. De modo que nuestro piso estaría vacío durante ocho días que iban a ser más que de vino y rosas. Su marido le había dado dinero para una pensión durante una semana, más un extra destinado a gastos. Bien, todo se iría en gastos: nos íbamos a poner ciegos de ron con limón y de tate, de hacer el amor y de escuchar música desde la cama mientras oíamos el rumor procedente de la calle como si la calle fuese algo estúpido que existía allá abajo ajeno a nosotros.

—¿Tú crees que vamos a trabajar mucho? —le dije enlazándola por la cintura y notando su olor a colonia de lilas.

—Desde luego que hay que trabajar; tengo que llevarme la tesina acabada... Eso es imprescindible.

Pasábamos en ese moemnto frente al portal oscuro de una casa antigua y solemne de la Rambla de Cataluña. Tiré de su brazo, la metí detrás de una de las nobles puertas de madera tallada y le di un beso enorme y, probablemente, grosero. Ella se puso a jadear en seguida.

El piso era bueno. Estaba en la quinta planta de uno de esos inmuebles que no tienen nada que ver con la cosa que se llama «un bloque de viviendas», por muy primoroso que sea el bloque. Se trataba de una casa antigua de la época del ensanche, amplia, con sabor a gente de bien que va al Liceo, suelos entarimados, preciosos radiadores de hierro, balcones provistos de contraventanas caladas y molduras en los techos. Mi padre lo tenía bien acondicionado: muebles cómodos y limpios, un sofá donde tumbarse era mejor que ser honesto, montones de discos, un compacto caro, un video...

No fue del todo cegador, porque ella quería de verdad trabajar. Estableció un horario en el que dedi-

caba seis horas diarias a la tesina. El resto del tiempo podíamos hacer lo que quisiéramos con nuestros deliciosos cuerpecitos...

El tiempo estuvo raro; primero llovió mucho: varias zonas de la ciudad se inundaron y oíamos a todas horas los coches de los bomberos cruzando con su alarido por las calles, con destino a lugares desconocidos desde donde eran reclamados. Después dejó de llover, pero entonces cayó sobre la ciudad un pérfido bochorno que obligaba a tener toda la noche las ventanas abiertas para que se produjesen corrientes de aire refrescante. Pero el aire no se movía. El cielo se veía oscuro y marrón y la ciudad descendía desde el Tibidabo aplastada por una angustia húmeda y violácea. Por el horizonte centelleaban relámpagos aislados sin que nunca llegase a fraguarse una buena tormenta sobre Barcelona. Cuando soplaba la brisa era peor: se trataba de una bocanada de aire caliginoso que parecía traer noticias de siniestros percances fraguados al fondo de barrancos perdidos en ignotas cordilleras.

Debió ser el clima. A partir del tercer día de estar solos en el piso, y pese a mis esfuerzos por animar la situación, ella cayó en una especie de síndrome melancólico y depresivo, que la hacía permanecer sentada en el sofá, inerte y huraña. Le daba miedo cruzar sola el largo pasillo de la casa para ir a la cocina o al baño, y pretendía tener bajadas las persianas a todas horas para no ver el cielo opresivo que cubría la ciudad. Trabajaba con mucho esfuerzo y hacía el amor ausente. No le apetecía beber. Al cuarto día noté con alarma que yo también me había contagiado de un estado que podía compararse a la nostalgia. Sentí los primeros síntomas el martes del gran atasco, cuando salimos después a tomar algo por la Rambla de Cataluña y tuvimos miedo.

A las seis de la tarde de esa jornada reveladora, cuando nos estábamos tomando unos bombones de licor mientras escuchábamos a Robert Gordon y la tarde estaba más opresiva que nunca, oímos abajo

una creciente algarabía de bocinazos insistentes, murmullos audibles y voces descompuestas, mezclados al sonido de sirenas inquietantes que se aproximaban para detenerse en algún lugar próximo. Nos asomamos a la terraza y una bofetada de aire caliente nos hizo sentir un extraño escalofrío. Abajo se veía toda la calle de Aragón hasta donde alcanzaba la vista (y alcanzaba muy lejos), atestada de automóviles detenidos, colapsados para seguir circulando. Miles de cláxones sonando a la vez habían llegado a producir un vibrante sonido único y estable que se prolongaba hasta la lejanía marrón del barrio del Clot: los conductores asomaban airados por las ventanillas; algunos habían descendido de los coches y zigzagueaban entre los demás vehículos haciendo gestos inusuales; los policías de tráfico gesticulaban en medio de aquella locura. Observamos a la gente de las aceras: parecían moverse inquietos, se reunían en grupos y hablaban señalando el fondo de la calle; algunos apuntaban al cielo. Después los grupos se deshacían para formarse unos metros más allá. Había niños que lloraban desatendidos en sus cochecitos, y pudimos ver cómo algunos de los curiosos se enzarzaban en plebeyas discusiones que arrastraban a lo largo de las aceras. En una esquina de la Rambla de Cataluña dos hombres se agredieron. Uno sacó su navaja. A las diez de la noche consiguió deshacerse el atasco. Julia estaba angustiada.

—¡Qué escena más horrible! ¿Viste a la gente? —me dijo.

—Sí...

—Todos estaban crispados, nerviosos... En especial la gente de las aceras, los espectadores. Esos miles de automóviles bajo el cielo aplastante, el grito sostenido de sus cláxones, el aire cargado de asechanzas...

Hacia las diez cambió el tiempo. Desde el mar llegó una brisa fresca que permitió un respiro a la ciudad. Julia rompió varios platos en la cocina y el ruido me produjo un sobresalto.

—¿Qué ha pasado?

—¡Oh, estoy muy nerviosa! Se me han escurrido cuando iba a guardarlos.

Decidimos bajar a la calle para serenarnos; pensábamos tomarnos algo en cualquier sitio cercano, en un pub, o, al contrario, en uno de esos bares amarillos y anaranjados donde todo es de plástico y se toman hamburguesas, patatas fritas en cucuruchos y refrescos... Fue cuando sentimos miedo, como he anotado ya.

La Rambla de Cataluña y el Paseo de Gracia se veían desiertos; era apenas las diez y media y tan sólo algunos coches fantasmales cruzaban por las calles a gran velocidad, como si huyesen de algo o sus conductores desearan llegar ansiosamente a casa. Vimos a varias parejas que caminaban apresuradas por las aceras, junto a las fachadas oscuras, con el gesto sobrecogido de quienes han sido avisados con urgencia de algo grave y se dirigen presurosos hacia un lugar indeterminado donde les aguarda el espectáculo de una desgracia. Discutían reprimiendo el tono de sus voces. Una de las mujeres, muy rubia, lloraba. Bajamos hasta la Ronda de San Pedro: en el quicio de una puerta, un hombre alto, con un traje mil rayas, temblaba bajo la penumbra del dintel, atenazado por algo parecido al terror, como si una insuperable convulsión le impidiera moverse. Una enorme nube roja cubría la plaza de Cataluña. Al comienzo de la Vía Layetana dos hombres se agredían en la soledad de un chaflán. Pasamos de largo, y los chasquidos de sus impactos resonaban siniestramente en el espacio abierto. Junto a los urinarios de la plaza de Urquinaona un adolescente abofeteaba con saña a una muchacha que llevaba unos pantalones blancos muy ajustados. La chica estaba pálida y aturdida, y ninguno de los dos emitía ni un solo sonido. Tan sólo se oían las bofetadas. Desde otros barrios, llegaba el apagado aullido de las ambulancias. Cesó el aire fresco y volvió el bochorno. Julia, de pronto, rompió en sollozos. Yo, por mi parte, notaba cómo el corazón golpeaba anhelante dentro de la caja torácica y

un alarmante temblor interno me ahogaba, como ocurre en esos momentos en que presientes que algo ajeno y peligroso ronda alrededor de tu existencia.

—¿Qué te pasa? —le dije a Julia con la voz alterada, incluso de mal humor.

—No sé... Estoy desquiciada, no entiendo por qué. ¿Qué ocurre? La ciudad está, está... sobrecogida. Volvamos a casa, por favor.

Intentamos inútilmente encontrar un taxi. En los bares vacíos, los camareros, con gesto preocupado, apilaban las sillas sobre las mesas para facilitar el trabajo matutino de las mujeres de la limpieza. El cielo estaba rojizo; una pesada nube inmóvil se aplastaba sobre la ciudad, como si se tratase de un enorme ente vivo que acechase el momento oportuno para abatirse sobre ella. Su color sangriento reproducía viejos terrores experimentados en remotas pesadillas.

No pudimos dormir: escuchamos durante toda la noche el sonido itinerante de las sirenas de las ambulancias o de la policía; aislados alaridos de angustia, carreras nocturnas, voces de reyertas callejeras. Sólo a la hora del alba nos dormimos brevemente. Este clima opresivo se prolongó durante dos días en los que nada pudimos hacer por devolver a nuestro ánimo una pizca de buen tono.

El viernes nos despertamos a las diez. Oí en el comedor un inusual alboroto producido por el canario de mi madre. Me acerqué a ver qué ocurría: pugnaba aterrorizado por buscar una salida en la jaula esférica y se lanzaba loco contra los alambres plateados batiendo las alas con desesperación, con el mismo pavor que experimentan los pájaros prisioneros muchas horas antes de producirse un seismo. En la calle se escuchaban otra vez voces descontroladas, bocinazos y sirenas. Julia estaba muy mal, temblorosa y encogida, con la expresión acongojada. Parecían oírse oscuros estampidos procedentes de barrios lejanos y el cielo había tomado una tonalidad amoratada. El viento olía a estepas lejanas donde se cometen sórdidos homicidios que quedan impunes.

Nos asomamos a la terraza. La impresión que producía la calle era la misma que suscitan los alrededores de un hormiguero cuando, inadvertidamente, lo pisamos: se rompe el orden de marcha de las hormigas por un camino bien delimitado, y los desorientados himenópteros se diseminan en una aterrada marcha en zig zag hacia todas las direcciones. Había gentes que, inopinadamente, se detenían para volver sobre sus pasos; muchos transeúntes corrían en direcciones extrañas; ciertos automóviles se detenían junto a los bordillos y escapaban de ellos sus ocupantes para emprender una carrera desconcertada. Con frecuencia se producían maniobras peligrosas: algunos coches cambiaban súbitamente de sentido tomando direcciones prohibidas. Justamente frente a mi casa, una anciana yacía sobre la acera sin que nadie le hiciese caso. El cielo era horrible: una enorme nube de color marrón sucio flotaba sobre la ciudad sobrecogida: parecía estar muy próxima a las terrazas y los áticos, casi al alcance de la mano. Cerramos la puerta de la azotea y pusimos la radio. Sólo emitía pitidos y señales irreconocibles.

Julia comenzó a jadear entrecortadamente, su respiración se hizo difícil y ronca; estalló de pronto arrojándose al suelo presa de histéricas convulsiones. Sus ojos miraban a ninguna parte.

—¡¡Aaaaahhhh!! —gritó desde la moqueta— ¡No puedo más! ¡No puedo maaaaaaás! ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando en esta sucia ciudad? ¡Me quiero ir a casa! ¡Me quiero ir a casaaa! ¿Por qué me has hecho venir? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

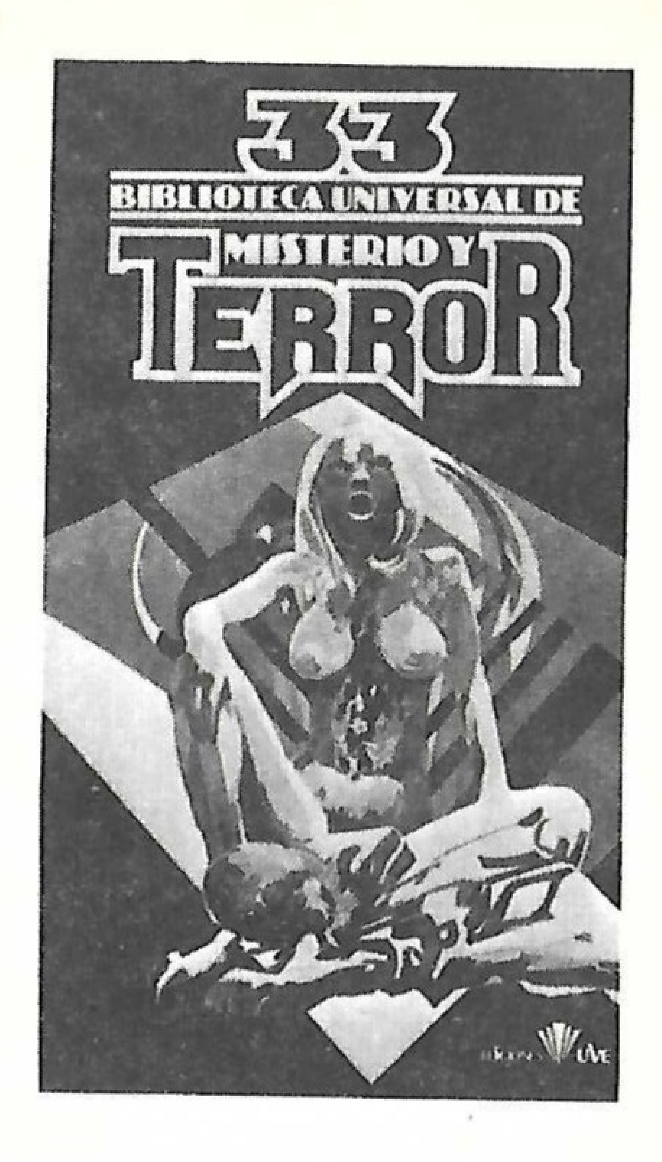
Le di un puñetazo en el mentón y se quedó aturdida y tranquila. Abrí la terraza y dejé al canario libre: revoloteó unos instantes alrededor de las cornisas, espantado, intentando orientarse; después, como alcanzado por un rayo fulminante, se precipitó muerto hacia la calzada. Bajé a la calle con el propósito de buscar una farmacia donde comprar un calmante para Julia. Frente al portal del inmueble, un hombre joven y extremadamente enjuto se había

arrodillado en medio de la acera y, con los brazos en cruz, miraba hacia el cielo con la expresión de un asceta alucinado. Me di cuenta entonces: la gente corría despavorida en todas las direcciones con los ojos arrasados por el espanto. Yo también corrí presa de una congoja insostenible, sabiendo que algo fatídico estaba ocurriendo en los distritos, y del mismo modo que los canarios intuyen el seismo horas antes de que se desate, los ciudadanos de aquella capital discreta habíamos detectado algo horrible en el aire, en unos ámbitos progresivamente más cargados de laceración y bochorno mortal. Llegué a la puerta de la farmacia: estaba cerrada. Golpeé con desesperación ilógica los cristales de la entrada. Los vidrios cayeron hechos añicos produciéndome sangrantes heridas en las manos. Una tormenta seca sin lluvia, rompió en aquel momento sobre la ciudad. En seguida, un remolino de aire, traspasado de lejanías execrables, arrastró por el paseo de Gracia papeles y hojas secas que quedaban amontonados a los pies de los plátanos, en la base de los bancos modernistas, junto a los buzones de correos... Mucha gente había comenzado a chillar de pronto, mirando hacia arriba; otros transeúntes se desplomaban de rodillas y, hechos un ovillo, se cubrían la cabeza con las manos. Una ráfaga de viento helado me transió de angustia. Miré hacia la lejanía intentando retener el paisaje de la ciudad aciaga en mi último instante de lucidez.

En seguida asumí, con el cabello erizado, todo el sentido abominable y horrendo de las palabras de San Mateo. Porque arriba, en un lugar indeterminado de la espesa nube marrón que nos aplastaba, con un sonido innombrable y milenario, *habían comenzado a sonar las trompetas...*



PROXIMA APARICION



EL CUARTO DE INVITADOS

TRAMPA DORADA

CALENDULAS PARA NINES

LOS ELEGIDOS

EL REBAÑO DE JAUNZAR

GOLPES EN EL CUARTO TRASTERO

JUNTOS DESDE LA MUERTE

EL PERRO INSISTENTE





EL ASCENSOR

SHEEBAE,
LA REINA DE LAS SERPIENTES

NUMERO FATAL

EL OTRO

EL OJO DE LA NOCHE

EL GATO BIRMANO

LA CREACION DEL MONSTRUO

UNA SEMANA CON JULIA